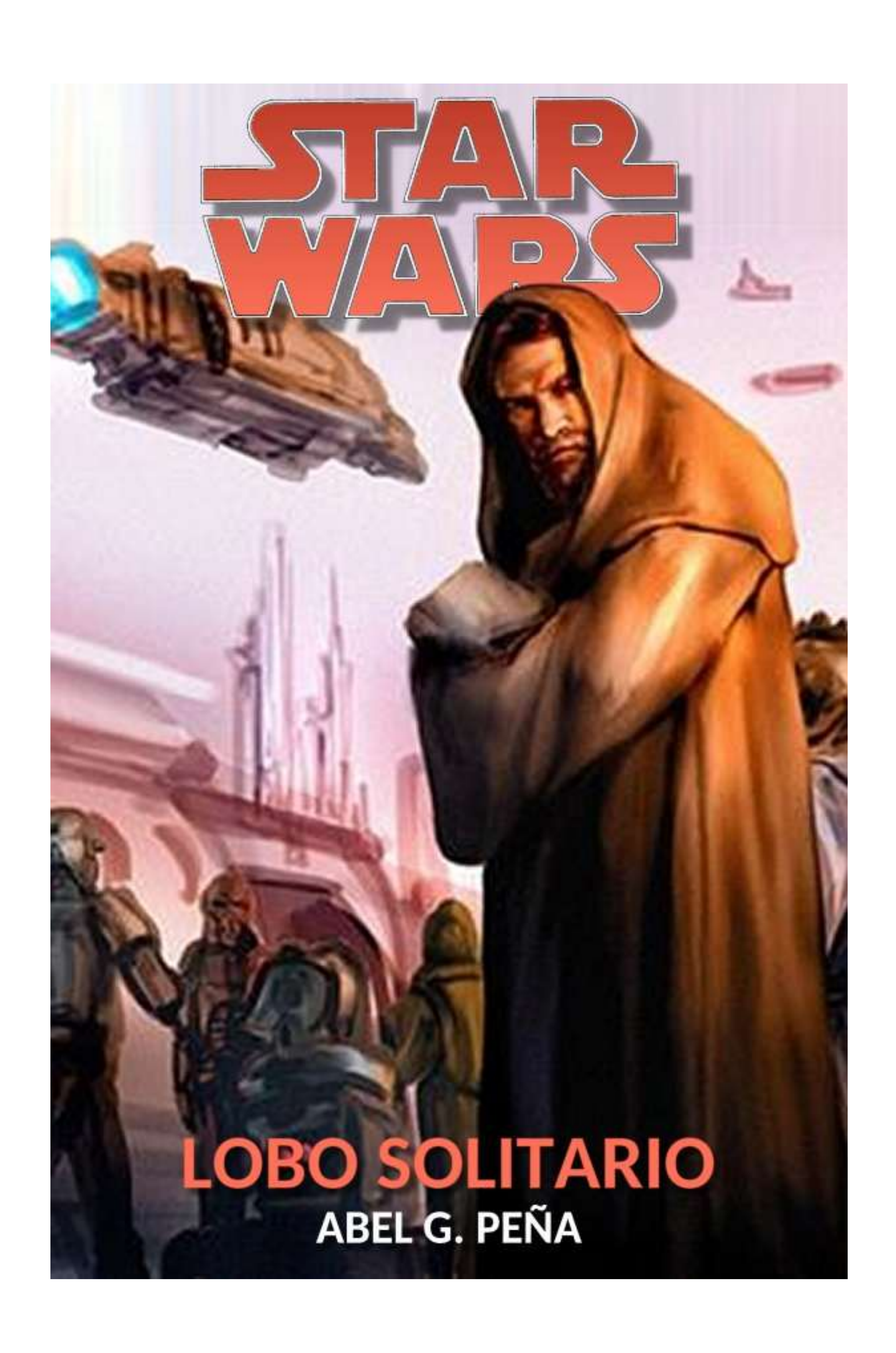

STAR WARS
LOBO SOLITARIO
ABEL G. PEÑA

Obi-Wan hace una parada en Nar Shaddaa durante el viaje a Tatooine con el bebé Luke.



Lobo solitario

Una Historia de Obi-Wan y Luke

Abel G. Peña





LEYENDAS

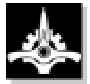
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Lone Wolf: A Tale of Obi-Wan and Luke*

Autor: Abel G. Peña

Publicado originalmente en *StarWars.com*, como segundo relato en el mismo documento que SkyeWalkers.

Publicación del original: 2015

 19 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: (sin revisar)

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

18.03.18

Base LSW v2.21

Declaración

Agradecimientos

Un especial agradecimiento a Michael Kogge y a Rich Handley por las horas de discusión y perspectiva incalculable; a Jean-François Boivin y a John Hazlett por ir más allá de la llamada del deber, una y otra vez; a Ji Cervantes y a Cynthia Furey por su visión y devoción; a Chas LiBretto y a Paul Urquhart por la asistencia de investigación fundamental; a Pablo Hidalgo por darme esta oportunidad y, finalmente, a George Lucas por crear una fantasía tan cautivadora, y a las décadas de contribuyentes de Star Wars que la han evolucionado en otra realidad.

Y especialmente a Suzi.

Esta historia está dedicada a los fans… siempre.

—Ahí ahí, joven Skywalker.

Desde fuera de la cabina de mandos del caza estelar en tierra, la lluvia salvaje de la luna de Nar Shaddaa golpeaba con una furia despiadada. El ruido hizo polvo los nervios de ambos ocupantes de la nave robada, golpeando el transpariacero del Belbullab-22 plomizo con una terrible ferocidad rápida como el fuego como si estuvieran buceando a través de una lluvia de meteoros de Polis Massa o bajo ataque de un granizo de metralla de una granada de fragmentación.

El hombre con barba sabía cómo lidiar con la reacción biológica natural del cuerpo humano a estímulos irritantes, insoportables. La mayoría, en cualquier caso. Pero su diminuto compañero no.

—Ahí ahí, mi joven Padawan…

Oscuras marcas de fatiga habían ocupado un lugar permanente bajo los ojos de Obi-Wan. No demasiado debido al interior incómodo de la nave estelar —más apto para un cuerpo de servos y acero que de carne y hueso— ni debido a todo lo que había soportado en los últimos días cataclísmicos.

El colapso de la República. La masacre de miles de Caballeros Jedi. Y la pérdida de su hermano, Anakin.

Sino debido al bulto firmemente envuelto del asiento trasero.

El bebé —ni siquiera de un día— daba voz a su desaprobación ante el nivel de decibelios con todas las protestas que su diminuta laringe y pulmones podían dominar. Minúsculos movimientos arrugaban la manta en la que estaba envuelto.

—Ahí ahí, Luke, —dijo Obi-Wan.

Algo en las palabras del Jedi más allá de lo natural pareció calmar al pequeño ser, y su potente grito se apagó en una escasa queja. Los inquietos ojos del bebé buscaron la cara de Obi-Wan hasta fijarse abruptamente en los ojos de su cuidador con una solemnidad repentina que asustó y sacudió el corazón de Obi-Wan.

El Maestro Jedi levantó su capucha sobre la cabeza mientras abría el techo.

—Arriba vamos, —dijo él, agarrando al bebé.

La humedad instantáneamente empapó sus simples atavíos marrones. Había pasado por al menos seis o siete túnicas Jedi desde que comenzaran las Guerras Clon. Una de ellas había sido incluso un regalo de cumpleaños de Anakin. Ahora, esta sería probablemente la única que tendría durante mucho tiempo.

El recién establecido Imperio Galáctico ya había empezado su estrangulamiento en la libertad, cerrando casi por completo el acceso público a la HoloRed. Pero afortunadamente, el transporte de Obi-Wan —la ex-nave estelar del ex-*vivo* General Grievous— aún estaba enganchado. Aún así, el Maestro Jedi no tenía forma de contactar con los familiares vivos de Luke, Beru y Owen Lars, para decirles que iba a Tatooine. No sin poner en peligro sus vidas… junto a las de Luke y la suya propia. Él sólo tenía que confiar en la Fuerza en que los Larses aceptaran al hijo de Anakin.

O la responsabilidad recaería en Obi-Wan.

Por supuesto, Owen querría saber lo que le había ocurrido a su hermano.

Obi-Wan técnicamente nunca había conocido a Owen y sabía poco del hombre. Sólo lo que Anakin le había contado: que Lars era un hombre casado y el hijo de un granjero de humedad que se había casado con Shmi Skywalker.

Pero la Fuerza trabajaba de formas extrañas.

La lluvia golpeaba al Maestro Jedi mientras sostenía su carga cerca de él y trepaba bajando la escalera lateral del caza estelar.

Hacía muchos muchos años, durante su tiempo como el aprendiz de Qui-Gon, Obi-Wan había experimentado una extraña visión… de su madre y su padre. Por supuesto, se lo habían llevado demasiado temprano para haber tenido una aparente recolección legítima de sus padres. Pero los Jedi habían informado a menudo de tales «recuerdos» de sus progenitores, de algún modo preservados por la Fuerza.

Pero eso no fue lo que fue inusual.

Obi-Wan saltó los últimos escalones hasta el suelo… aterrizando suavemente.

Lo que *fue* inusual fue que, en esa visión, también recordaba a un hermano.

Un hermano llamado *Owen*.

Obi-Wan le había contado a Qui-Gon acerca de la visión, y su antiguo maestro había respondido que a través de la Fuerza, los Jedi podían ver muchas cosas. A veces, el pasado. A veces, el futuro.

Ciertamente, durante años Obi-Wan *había* creído que sólo era un recuerdo. Pero cuando Anakin le había contado acerca de los Larses —y el destino de Shmi— empezó a sospechar que ese poder podría ser sólo cierto desde cierto punto de vista.

¡Tú fuiste mi hermano, Anakin! Yo te amé…

Obi-Wan cerró los ojos ante la imagen de su Padawan, su hermano —su hijo, en todo salvo en nombre— masacrado por su propia mano. Quemado vivo y gritando ante los fuegos del infernal Mustafar.

¡TE ODIO!

Luke empezó a llorar.

Él hizo botar al niño desconsolado en sus brazos, un pánico paternal cortando a través de él más primitivamente que ninguno que hubiera tenido nunca incluso enfrentándose a los múltiples sables láser de Grievous o de Darth Maul.

Obi-Wan no se había permitido auténticamente amar nada en mucho tiempo. Pero había amado a Anakin.

Ahora, Anakin estaba muerto.

Miró a la cara angelical de Luke. Como la de su madre. Aquellos ojos melancólicos del mismo azul hipnótico que su padre.

Obi-Wan *trató* de no amarle.

Lo trató por miedo a que, como a todos los que había amado —Qui-Gon, Siri, Satine, Anakin— este también sufriría su destino.

Obi-Wan nunca había tenido, y casi con seguridad, nunca tendría, sus propios hijos biológicos. Por un momento, consideró negar este sentimiento intensificante… pero sabía que su deber no lo permitiría.

La *compasión*, había discutido Anakin con él, era el *deber* de un Jedi. Y la compasión, en su forma más pura, era sinónimo de un *amor incondicional*.

Obi-Wan le había dicho a su joven Padawan que su interpretación libre del Código Jedi era *errónea*.

Pero en su corazón, él siempre lo había sabido.

Tenías razón, mi Padawan.

Y en ese momento, Obi-Wan ya no podía contenerse.

El Maestro Jedi se rindió. Se rindió a la única alternativa sincera que su consciencia permitiría.

Amaría a Luke. Siempre. Y le protegería. *Siempre*. Como un lobo de sangre con su único cachorro.

Y, si era necesario, moriría por él.

***

—Esas tormentas de *relámpagos*… —declaró la sirviente… como si su observación incompleta se sumara a una verdad más profunda—. Es la estación oscura.

Con unos ojos enormes, ella alzó la mirada de su panel de datos y a través del portal de aterrizaje elevado del Puerto de Amarre 728 mientras las agujas de lluvia de repente se desvanecían, dejando sólo humedad a su paso y el aroma a ozono perdurando.

Pese a su humedad pungente, el duro olor a combustible penetró las fosas nasales de Obi-Wan, asaltándole como un mal caso de gripe ardroxiana. Sólo podía imaginar lo que le estaba haciendo a Luke… o a la administradora con trompa.

—Keezx, —coincidió el Maestro Jedi—. Un barboono seezna. —*Sí, una estación* <u>*muy*</u> *oscura.*

La sirviente del puerto de amarre —un paquidermoide de patas en tocón, de trasero gordo y con trompa en equilibrio en robo-zancos— se volvió muy lentamente para mirarle. Ciertamente más para darle un efecto dramático, dado el gran tamaño de sus globos oculares, que por necesidad.

—¿Bazi batza Bocce? —preguntó ella. *¿Habla bocce?*

—Pinti. —*Un poco.*

El Jedi conocía trazas de la lengua de los comerciantes intersistemas. Pero sabía que en un mundo envilecido como la Luna del Contrabandista, un recurso espontáneo por el bocce era un tipo de apretón de manos secreto: una invitación a la iniciación al comercio ilícito.

Y basándose en la forma en que la sirvienta del puerto de amarre estaba comiéndose con los ojos su nave, y la forma en que su cola rechoncha se retorcía, evidentemente había picado el anzuelo.

Pese a la visibilidad del caza estelar, el caos reciente de los eventos había forzado a Obi-Wan a apropiarse de la nave de Grievous del puerto de amarre de la corveta corelliana de su amigo Bail Organa. Él había, después de todo, traído el Belbullab-22 allí en primer lugar, después de neutralizar al comandante cibernético. Pero él sabía que tendría que tirar la nave estelar en la primera ocasión que tuviera. Nar Shaddaa, un refugio notorio para la degeneración, había sido la elección natural.

La luna Hutt era un punto conveniente en su camino al Borde Exterior. Era un lugar donde se hacían pocas preguntas y las transacciones criminales eran tan convenientes como las lealtades de un senador galáctico. Pero Obi-Wan tenía otro motivo para venir aquí, a la llamada «Pequeña Coruscant».

Sabía que los Maestros Jedi Tholme y T'ra Saa habían estado aquí antes de que los soldados clon de la República se hubieran vuelto contra sus generales, sus hermanos y hermanas Jedi. Sabía que era una posibilidad desesperada, pero esperaba que la Fuerza le llevara a ellos.

Si Obi-Wan no se equivocaba, su sirviente de amarre era una pacithhip: una elefantina de cintura alta renombrada por su estoicismo. Notablemente, aún así, no llevaba pantalones

Eso es decir, como muchos, si no la mayoría, de su raza que se aventuraba más allá de su mundo natal, llevaba robo-zancos. Pero al contrario que la mayoría de miembros de su especia, ella no los ocultaba con vergüenza tras un par de pantalones. Obi-Wan masticó la extraña yuxtaposición: una pacithhip con la suficiente confianza como para ostentar su altura artificial, aún así no lo suficientemente valiente como para descartar el aparato completamente. No hablaba de una mente poco complicada.

Pero esa mirada duradera suya en el Belbullab le había dicho a Obi-Wan todo lo que necesitaba saber; ella tenía el morro metido en el Mercado Invisible local.

—*Zat un* gonzo *stuur nove* vuela, —dijo ella, cambiando como si nada entre el bocce y el básico.

—¿Gonzo?

La criatura corpulenta retorció su trompa y resopló con sus gigantescas fosas nasales con un sonido similar a la pena.

—«Genial,» «estupendo,» «koovy» …¿son esas más de su ritmo, chico-estelar?

—No hay motivo para la descortesía, mi amiga de patas largas.

Sus iris gigantes cayeron sobre el bulto en brazos de Obi-Wan.

—No dirá eso después de media hora aquí, —dijo ella—. ¿Cómo se llama ella?

—Es un niño.

—Me refiero a la nave.

Obi-Wan frunció el ceño en su interior.

—Demeezz bo treeza *Invertebrado Uno*. —*Se llama el* <u>*Invertebrado Uno*</u>.

La risa de graznido de la pacithhip casi hizo estallar los minúsculos tímpanos de Luke y casi tira al alienígena de sus zancos robóticos.

—Ahora *tengo* miedo de preguntar el nombre del chico, —confesó ella.

A decir verdad, el caza estelar Belbullab-22 tenía el nombre de guerra del *Desalmado Uno*. Apto para un monstruo tal como Grievous. La predisposición del cyborg a *nombrar* orgullosamente a su nave así sólo reflejaba a qué profundidades de desesperación se había dejado hundir. Pero el cobarde general Separatista había usado la nave para huir de batallas perdidas lo suficientemente a menudo como para que el Maestro Quinlan Vos lo hubiera rebautizado con el pseudónimo menos halagador.

Quin… que ahora probablemente estaría muerto. Como todos sus hermanos Jedi.

—¿Motex nommi, chico-estelar? —preguntó la pacithhip. *¿Cómo se llama?*

Casi automáticamente, Obi-Wan exhumó el alias que había usado él por última vez mientras estaba encubierto aquí en el sistema Nal Hutta. Un patronímico muy personal.

—Ben, —respondió él.

—¿Detox selzi gonzo stuut nove, Ben? —*¿Quiere vender su escurridiza nave estelar, Ben?*

—Yezzo. —Confirmó Obi-Wan—. ¿Butimoz hiz proxy maarzet? Meeza hokokeez yolats noy'occul. —*¿Puede indicarme el mercado local más cercano? Tengo dificultades cuando son invisibles.* Él soltó algunos créditos en su mitón de cuatro dedos.

La avariciosa trompa de la pacithhip agarró los Peggats dorados para inspeccionarlos más de cerca y sus ojos se iluminaron.

—*Keezx. Keezx*… —ella asintió, su impasividad flaqueando bajo la perspectiva. Ella apuntó con un grueso dígito en dirección sureña—. Suba por la autopista principal aquí… pase el Sector Rojo hasta que llegue a Nueva Vertica. Entonces vaya a la izquierda en Champio Muni. Entonces un giro rápido secundario a la izquierda en Xyx'w'zwQuqu. Vaya bajo el puente mag-lev en ruinas, y gire a la derecha en Nobadnobaya.

Obi-Wan trató de retenerlo todo.

—¿El nombre?

—La Tienda de Cortes de Paolo.

—¿El propietario es legal?

—Legal *y* discreto. Explíquele que Shnozitski le envió.

—¿*Shnoz*itski?

Ella acarició su larga trompa conscientemente.

—Ríase, chico-estelar. Fui criada por comerciantes squib. Es una abreviatura para Shnozitskigante-maximilliana.

—Soy consciente de que la amaron. —Obi-Wan lanzó dos Peggats adicionales en su morro prensil—. Gracias por su tiempo.

***

Shnozitski terminó de introducir en el comunicador la Tienda de Cortes de Paolo y enviar una buena serie de holo-imágenes de la nave de Ben, consiguiendo una decente tasa de referente. La vida en Nar Shaddaa podría haber acabado con su acento squibbiano, pero aún tenía que mellar su instinto asesino.

Puedes sacar al vendedor de chatarra del sistema Squab, reflexionó ella. Pero no puedes sacar la venta de la chatarra.

Y la nave de este extranjero era una magnífica pieza de chatarra. Ella se meció distraídamente en sus robo-zancos… vergüenza para ella, pero hechos a mano por las habilidosas pezuñas peludas de sus padres adoptivos. Un recuerdo de dónde venía, donde las calles estaban pavimentadas en rechazamento. De casa.

Y en ese sentido, la pacithhip sentía que había una llamada de comunicador más que hacer.

—¿Riley? —dijo ella, escudriñando… algo muy, *muy* interesante en las noticias de su panel de datos—. Está bien, está bien: Banda. Soy yo, Shnoz. Sí, sí, muy divertido… Nunca puedo distinguiros a los chiggers, así que eso nos deja en empate. Escucha. Por una tasa del cincuenta y uno por ciento, tengo una tremenda oportunidad para ti. Apuesta. Y… podrías necesitar ayuda de mis «pequeños amigos» para esta.

Un par más de detalles triviales, y el trato estaba hecho.

Shnozitski terminó la llamada. Sus padres, Jaquilinbella-bessamárte y Rikkimikvonsantikki el Cincuenta y Cuatro, estarían orgullosos.

***

Las miradas curiosas que Obi-Wan recibió llevando a Luke en sus brazos fueron un par y distanciadas. Un humano solitario con un bebé merodeando calles de mala fama podría haber ido una visión rara en otros mundos, pero había cosas mucho más extrañas en una Luna de los Contrabandistas.

Las avenidas de Nar Shaddaa eran asfixiantes de formas de vida. Mynocks, lepis de orejas grandes, meretrices dugs, baxthrax aleteando, masca-brilles adictos a la especia, ánades sipsk'ud con ojos de araña, perros-rana y cientos de especies desconocidas competían los unos con los otros por el espacio y aire.

Luke evaluaba la vista con una confusión silenciosa.

Pero fue el *olor* del gentío bullente el que cortó el espíritu de Obi-Wan más profundamente. No era tanto la mezcla de miles de olores alienígenas, a la cual se había acostumbrado después de vivir muchos años en Coruscant. Era la pura acritud de la desesperación. El hedor de la pobreza de voluntad y las imaginaciones enfermas. La peste de la moralidad pudriéndose.

¿*Era* realmente un olor? ¿O meramente la traducción de la depravación de Nar Shaadda en la qualia de la Fuerza Viva?

Aún física y emocionalmente exhausto por su duelo a muerte con Anakin, Obi-Wan no estaba seguro. Y no estaba seguro de que le importara.

Darth, se recordó a sí mismo Obi-Wan. *Darth Vader.*

Él y Luke tenían sólo un margen muy pequeño. Una búsqueda en el espaciopuerto divulgó que el siguiente transporte hacia la Estación Espacial Kwenn, un transporte al Borde Exterior, se marchaba en tan sólo cuatro horas.

Desde allí, estarían en camino a Tatooine. Escaneando el hilo de tabernas por el paseo principal, Obi-Wan no pudo evitar que su mente invocara tiempos más felices saltando en las cantinas con Anakin en Naos III. Pero no había un momento que perder para una fermentada de Ardees ahora… e incluso menos para un recuerdo querido.

Fallaste al chico, pensó Obi-Wan. *Y fallaste a Qui-Gon.*

—Tú *no* me fallaste, —repitió una profunda voz paternal.

Obi-Wan instintivamente se volvió. Las ondas de sonido, inequívocas, reverberaron en su oído tan claro como el cristal Kyber.

Pero no había ningún Qui-Gon allí.

Antes de separarse, Yoda le había revelado a Obi-Wan que su maestro muerto, Qui-Gon Jinn, había encontrado una forma de *sobrevivir* en el inframundo de la Fuerza al comulgar con unos seres misteriosos conocidos como los Whills. Era algo que Obi-Wan había sospechado por un tiempo, dados sus encuentros fantasmales en Zonama Sekot y Mortis. El Maestro Yoda dijo que su antiguo maestro se presentaría cuando sintiera que Obi-Wan estaba preparado para embarcarse en esta nueva etapa de su entrenamiento en la Fuerza.

Tú eres un hombre mucho más sabio que yo, le dijo una vez Qui-Gon. *Preveo que te convertirás en un gran Caballero Jedi.*

Cogiendo aliento profundamente, Obi-Wan se centró en el semblante perfecto de Luke.

—No te fallaré, —prometió.

—¿Cuánto?

Una voz aflautada, definitivamente *no* la de Qui-Gon, interrumpió el ensueño de Obi-Wan. El Maestro Jedi alzó la mirada.

… Y la alzó. Un insectoide blanco de cuello de serpiente con ocho patas en aguja, un cuerpo prono y globular y mandíbulas relucientes estaba bajando la mirada hacia ambos él y Luke. Sus cuádruples globos oculares parpadearon con una secuencia desconcertante.

—¿Disculpe?

El gran rakaan, un androide a juzgar por la pálida coloración, serpenteó su mentón alrededor de cada hombro inexistente y señaló a Luke.

—Traficando con el cachorro, ¿verdad? ¿Cuánto?

—Este… no está a la venta.

—Doy un excelente precio a la carne por gramo. *Excelente* precio…

Las tripas de Obi-Wan se revolvieron.

—No me interesa.

—¿Le he ofendido? —Respondió el rakaan—. No, no. Soberbio *domicilio*. Lo prometo, el *más* soberbio domicilio para una vida de mucha *felicidad*. —El saco hinchado del insectoide se encogió nauseabundamente.

—Lo organizaré yo mismo.

—¿Trescientos créditos? —susurró, las mandíbulas chocando una contra la otra como manos codiciosas.

—Gracias… ***No***.

El rechazo de Obi-Wan pasó de sus labios como un martillo sónico chocando sobre piedra anvil. El insectoide de repente se quedó helado… como si luchara por escuchar la voz del Maestro Jedi desde una distancia muy larga.

—Eres un humano *estúpido,* —dijo finalmente—. Hay *cientos* de traficantes de cachorros vendiendo por menos.

—Sí, —dijo Obi-Wan, mirando con dureza a dos de los cuatro ojos del ser inferior—. Encontrarás a esos degenerados. E informarás de ellos a las autoridades locales.

—Encontraré degenerados… —se hizo eco el rakaan hipnóticamente—. Pero no hay autoridades locales en Nar Shaddaa.

—A un simpático cazarrecompensas, entonces.

El parásito asintió.

—Simpático cazarr…

—En marcha.

El recién bienhechor se apresuró fuera de la vista.

Obi-Wan dejó salir un suspiro ajado, su calor recorriendo la cara de Luke. El recién nacido sólo protestó mientras el Maestro Jedi miraba alrededor, viendo una cantina llamada «La Piffer Canosa». Estaba empezando a pensar que debería tomar esa Ardees después de todo.

O incluso un vino deltron especiado.

Aferrándose a sus sentidos, Obi-Wan decidió hacer lo siguiente mejor. Vio a un decrépito vestigio de humanidad sentado en una pila encogida junto a la entrada de la taberna, como una mascota trágica del establecimiento. La bruja —prácticamente oculta dentro de su túnica descomunal comida por las polillas— parecía concentrada duramente en cierto trabajo. Aún así, al percibir el avance con los instintos perfilados de una vagabunda, extendió una mano por limosna.

Extendiendo el brazo hacia el bolsillo de su túnica, sacó uno de los Peggats irrastreables que le había suministrado Bail. Doblándose cuidadosamente, de forma que no alterara a Luke, dejó caer la moneda en la palma extendida de la antigua negligente.

—¡Gracias! —dijo ella—. ¡*Gracias,* Jedi!

Ni siquiera el frío de la condena podía haberle helado la sangre a Obi-Wan más rápidamente.

—¿Qué me ha llam…?

—¡Jedi! *¡Jedi!* Eres Jed…

Los dedos de la mano libre de Obi-Wan se cerraron hasta cierto punto. Los ojos de la anciana se abrieron como platos mientras su boca se cerraba.

El corazón de Obi-Wan corría a la velocidad de la luz; el fétido hedor de un hueco de residuos cercano —o de esta bruja putrefacta, no podía decir cuál— asaltó sus fosas nasales. Ahora fue él el que inclinó su mentón, paranoico, sobre cada hombro. Ahí estaba el rakaan, pidiendo ayuda a un grupo de matones kyuzo de sombreros de ala ancha; guerreros catuman ebrios y mujeres lobo shistavanen tambaleándose fuera de la cantina,

brazo a brazo; un grupo de cerdas gamorreanas rollizas con hachas de combate y un par de dragones de guerra lagartoz lanzándose entre saltacielos por encima de sus cabezas. Pero ninguno parecía prestarles ni a él ni a la mendiga ninguna atención.

—Se equivoca, —dijo Obi-Wan cuidadosamente, arrodillándose junto a ella—. No soy un Jedi, —dijo él calmadamente—. Los Caballeros Jedi están todos muertos.

Sus ojos del tamaño de los platos de un Hutt, la anciana asintió.

Obi-Wan no podía recordar la última vez que el miedo hubiera recorrido sus venas tan incontrolablemente. Él liberó a la mujer de su agarre de la Fuerza.

La pedigüeña se lamió los labios arrugados. Alzó un dedo torcido de uñas amarillas y lo dobló dos veces hacia sí misma. Cuidadosamente, Obi-Wan se acercó más.

—Los Jedi no están muertos, —susurró ella—. La Vieja Vima lo *sabe*. Antes de que se volviera loca, Vima-Da-Boda *era* una Jedi.

¿Boda? Obi-Wan conocía —*había* conocido— a un místico Jedi llamado *Ashka* Boda. Había sido uno de los confidentes más cercanos de Qui-Gon… y, como el maestro de Obi-Wan, había buscado el camino secreto hacia la inmortalidad.

Esta mujer parecía tener *siglos*…

¿Podría ser? ¿Podía esta patética forma de vida ser… una defensora de la antigua República?

—Vima viene de una larga línea de guerreros Jedi, joven. Siente la verdad, —le urgieron sus antiguos labios—. Use la Fuerza.

Asintiendo lentamente, Obi-Wan lo hizo.

Extendiendo unos zarcillos envolutados de percepción, buscó los caminos dilapidados de la mente de la mendiga. Las entradas que se abrían a la nada o a las alcobas abandonadas. Pero había una había habitación en la psique de la anciana, su forma la forma de la melancolía, aún así cuidada.

Y de repente… lo entendió.

No, esta criatura marchita no era una Jedi. La Fuerza era ahora sólo una tenue luz en este frágil contenedor. Pero ella *había* sido una, hacía tiempo. Antes…

—… Algo *terrible* ocurrió, —afirmó la mujer—. La Jedi Vima entrenó a su hija, Neema, pero le *falló*. Vima no pudo salvar a la pequeña Neema de sí misma. Del *amor*. Del lado oscuro…

La centenaria se silenció. Pero Obi-Wan había sacado de sus pensamientos el resto de la historia. La habitación en la mente de la bruja se expandió de repente: una arena. Como Geonosis. Y una joven estaba encadenada indefensa… mientras dos monstruos trotaban hacia las arenas.

—… De las fauces de los rancors, —se agrietó la voz de Obi-Wan.

Ella asintió lentamente.

—El amado de Neema… los alimentó con ella. —Las palabras estaban ahogadas de angustia. Como si necesitaran ser habladas desde hacía innumerables eras, pero llegaban recién nacidas—. Pero la tragedia fue doble, —continuó ella—. Ya que la pequeña Neema *tenía un niño.*

Obi-Wan se estremeció, mientras los descomunales monstruos compartían su comida entre ellos. Encogiéndose desde la mente de Vima, él aferró a Luke más cerca de él.

—Entonces, —dijo ella—, la Jedi Vima cedió a su rabia. Ella *asesinó* con odio por su hija, y por el hijo de su hija. Y Vima falló a su juramento Jedi… y se falló a sí misma.

Falló.

La palabra apretó el corazón de Obi-Wan como un vicio.

Te he fallado, Anakin. Te he fallado…

Luke se inquietó en su abrazo.

—Vima, —continuó la mujer—, no podía perdonarse a sí misma. —Ella alzó una mano artrítica, temblorosa, hacia su cabeza, como para defenderse del demonio del recuerdo, y a Obi-Wan le pareció como si se pudiera fracturar en miles de pedazos ante sus ojos.

—Lo siento, —Obi-Wan extendió el brazo hacia su mano temblorosa—. No lo sabía.

Ella agarró su palma con los dedos de ambas manos, mirando con un dolor anticuado sus ojos plateados.

—No lo sienta, Maestro. *Vima* lo siente. Vima fue débil, y ahora… no puede ayudarle.

¿Ayudarle? El pensamiento ni siquiera se le había ocurrido a Obi-Wan.

Pero ahí estaba: el instinto altruista de un Jedi, aún anhelando la vida en esta matrona discapacitada.

Pero quizás aún podía.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se separó de los Jedi?

—Innumerables estaciones, joven Maestro. Innumerables estaciones.

—Y… ¿no se ha topado con otros de nuestra orden?

—La luz de Vima es muy pequeña, —respondió ella—. Es culpa de Vima, pero es útil para esconderse. Este mundo de sombras *cubre* su luz. Nadie se ha percatado de la Vieja Vima aquí.

Obi-Wan suspiró, asintiendo. Había habido una pequeña posibilidad, pero había esperado…

—¡…pero *Vima* se ha percatado de *ellos*! —gritó ella—. Un hombre y una mujer, como usted, están *aquí*, en la Luna del Contrabandista. —Ella hizo un gesto hacia Obi-Wan para que se acercara más—. *Jedi*, —susurró ella.

Jedi.

Un hombre y una mujer…

¡Los Maestros Tholme y T'ra Saa!

Tenían que serlo.

Obi-Wan asimiló a la mujer desaliñada, débil, ahora con un recién encontrado respeto, pero se preguntaba al mismo tiempo si no estaba siendo testigo de su propio destino.

Esta antigua Jedi sabía algo de esconderse.

—¿Cómo es que ha logrado permanecer oculta tanto tiempo?

Ella cogió un aliento irregular.

—La luz de Vima es muy pequeña, —repitió ella—. En penitencia, Vima renunció al camino del control… como una auténtica Jedi. El destino no puede ser controlado. Así que ella lo rindió *todo*… a la voluntad de la Fuerza.

Obi-Wan lo encontraba un consejo difícil de seguir. En este momento, todo lo que él era era una masa de 80 kilogramos de voluntad primitiva, concentrada con una directiva: proteger a la diminuta consciencia arrullada en su brazo a todo coste.

—Su vida será difícil, joven Maestro. Como la de Vima. Pero no está solo. —Sus ojos recayeron en Luke—. La Fuerza es poderosa en este…

—Como en su padre, —concurrió Obi-Wan.

Ella asintió.

—Fuerte como una corriente blanca. Como su madre.

—Sí, —dijo Obi-Wan, sin entenderlo del todo—. Sí. Bueno, debemos irnos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —dijo la Jedi caída, entregando a Obi-Wan el trabajo que había estado haciendo dolorosamente—. Este es de los mejores de Vima.

Obi-Wan cogió el objeto en sus manos.

Un tablero oblongo, casi de la longitud de su brazo, y estaba diseñado con múltiples tiras de madera boa tejida. Tallado en un lateral parecía haber un blasón familiar: unas llamas estilizadas rodeando dos sables láser, verde y azul, entrecruzados a través de un sol feroz del cual salía una guerrera cabalgando una bestia gris barbuda.

En el reverso había una hamaca en miniatura, finamente tejida, en patrones resaltados en rojo, verde y morado.

Luke parecía cautivado por los coloridos diseños.

Un tablero de cuna. Tan refinado como cualquiera que Obi-Wan hubiera visto en las espaldas de las madres consentidoras de Nelvaan.

—Pero cómo… —empezó Obi-Wan.

Entonces él vio el nombre, grabado en la tela en una caligrafía ductavis envejecida.

NEEMA

—Vima hizo esto. *Una* y *otra* vez. Innumerables temporadas, —le confió ella—. Para la pequeña Neema…

La anciana se silenció de nuevo.

Obi-Wan imaginó a la mujer torturada: cosiendo y descosiendo. Día tras día. Década tras década.

—Gracias, —logró decir él—. Nos ha ayudado más de lo que usted cree. Esto hará que las cosas sean más fáciles.

—¿También necesita el arma de Vima?

Obi-Wan vio algo cilíndrico brillar en la manga de la mujer.

—Tengo la mía propia.

—Para el chico.

—Él también tiene.

—Necesitará más facilidades en su viaje, Maestro, —dijo ella—. Están en un gran peligro.

—Sí, lo sé. —Obi-Wan consideró a la mujer de ojos desorbitados. Vaciló—. Eso es por lo que no puedo llevarla conmigo.

—Vima sabe… Pero la Vieja Vima *guardará* su secreto.

Pese a todo su cansancio, aquellos tristes ojos antiguos perforaron sin parpadear a Obi-Wan.

Confianza. Se daba por hecho entre los Jedi.

Pero Vima ya no era una Jedi.

Obi-Wan ni siquiera estaba seguro de que *él* lo fuera ya.

Había un poder de la Fuerza, conocido por unos pocos elegidos. Una versión más… *severa* del llamado truco mental Jedi. Permitía a un usuario de la Fuerza tamizar la mente de una persona… y luego obliterar completamente recuerdos específicos. Un movimiento erróneo, sin embargo, y su habilidad para robar la identidad podría vaciar completamente la mente de una víctima. Dejándola…

Sin alma.

Obi-Wan miró del recién nacido Luke a la decrépita Vima.

La elección… no era tal.

Cuando se lo enseñó, Qui-Gon le había dicho a Obi-Wan que este poder destructor de recuerdos era un artificio del lado oscuro, ya que los midiclorianos nunca dejaban de protestar ante su uso.

Y aún así, Qui-Gon se lo había enseñado de todos modos.

Tú eres un hombre mucho más sabio que yo.

Para un momento como este.

—La Fuerza no guarda ningún secreto, —dijo Obi-Wan finalmente.

La cabeza de la mendiga se sacudió, un gesto alguna parte entre una convulsión y un asentimiento de resignación. Cerrando los ojos, ella extendió la cabeza hacia él, estirando su viejo cuello hacia delante como una condenada. Y Obi-Wan, como un verdugo psíquico, se extendió hacia delante hacia el interior de la mente de la mujer rota.

Tamizando, tamizando aquellos pasillos en descomposición en busca de lo que estaba buscando…

… y encontró…

La verdad.

El juramento de Vima… era más que sólo una promesa. Mantener la presencia de Obi-Wan en secreto era un medio para su redención. Ella podría no saber nada de él o de Luke excepto su apariencia… y dadas las cataratas nublando sus ojos, incluso eso era cuestionable. Pero Vima moriría antes de decirle a nadie lo que había visto u oído.

—Usted mantendrá nuestro secreto, —se dio cuenta Obi-Wan.

Y si fuera necesario, ella moriría por él.

Vima no se molestó en alzar la mirada hacia él. En su lugar, ella señaló al tablero de cuna. Obi-Wan se lo dio para que lo sostuviera mientras él envolvía a Luke en su red como una oruga de armadura alderaaniana.

—La Fuerza es poderosa en este, —repitió Vima.

—Esa es mi esperanza.

Satisfecho, Obi-Wan deslizó el tablero de cuna con el bebé en su espalda.

—Usted es su padre-soporte, —dijo ella—. Proteja al chico. Un gran Maestro él será. Vima lo sabe.

Justo entonces, la imprudente idea de un completamente diferente gran —y pequeño— maestro cabalgando sobre su espalda hizo sonreír a Obi-Wan. Esperaba que Yoda hubiera logrado llegar al sistema Dagobah a salvo.

—Si encuentro a mis amigos, —prometió él—, les pediré que vuelvan a por usted.

Vima asintió, moviendo su mano en despedida

—Que la Fuerza les acompañe, jóvenes.

Obi-Wan escuchó a Luke arrullar con comodidad.

—Sí, —dijo el Maestro Jedi—. Que lo haga.

***

Había aproximadamente una caminata de cuarenta y cinco minutos desde La Piffer Canosa hasta la localización de mala fama que la pacithhip le había especificado. Obi-Wan se encontró a sí mismo deseando tener aún su corcel varactyl, Boga. Nunca había tenido una mascota, nunca había sido uno de esos usuarios de la Fuerza con una inclinación especial por comunicarse con animales. Al paso de su recién encontrada soledad, esto parecía cada vez más algo de lo que se arrepentiría. Aún así, él había compartido esa inmediación incalculable con Boga, ese sentimiento íntimo, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Su grito sónico distintivo y su aullido de muerte lastimero mientras se lanzaba hacia el fuego de bláster lanzado hacia él aún resonaba en su memoria.

¿Era así como era… no ser un Jedi?

¿Anhelando?

Solitario.

Había muchos reptiles en Tatooine: dragones, dewbacks, pequeños lagartos del desierto. Recordaba esto de su tiempo protegiendo la nave de Padmé en el planeta y de una incursión al territorio tusken… todo hacía mucho tiempo.

Se prometió a sí mismo que buscaría uno como compañero.

Los caminos que llevaban a Paolo delegaban en estados progresivamente deteriorados de abandono. Holoseñales de calles perdidas y escacharradas, luces luma reventadas, pasarelas prácticamente pavimentadas con rechazo… los muros derruidos de habitaciones y escaparates estilizados en una escritura de una marca de lenguas de mafias enemigas.

LOS MATAGANKS DE LA CALLE HONOCHA

~~QUE LOS JEDI SE PUDRAN EN EL BOBOQUEEQUEE~~

1∠UM71△ △ 7MUU≡√1ᴴK......

7K √△ ∠1⋋∠△

¡¡¡los evocii VIVEN!!!

Obi-Wan usó la Fuerza para amortiguar a Luke de la mayor parte del tumultuoso ruido: las maldiciones de los transeúntes, avisos de bláster aleatorios y alarmas de residencias. Pero no intentó escudar los ojos del chico. Entre sorbos de leche de krayt, el recién nacido observaba los suburbios con una austeridad que no era rival para ningún Jedi… antes de caer dormido de aburrimiento.

Durante su estado despierto, la mente inmadura de Luke se sentía para Obi-Wan como frágil cristal Vors en la Fuerza. Pero en sueños, la actividad cerebral del chico era como una pequeña supernova de luminosidad. Los sueños, le había confiado una vez el Maestro Yoda, eran una entrada transconsciente hacia la Fuerza Unificadora. Obi-Wan mandó pensamientos calmantes al bebé a través de este medio sobrecargado.

Tú eres el primero de los nuevos Jedi, Luke.

Pero extrañamente, mientras vagaba por la mente del niño, algo recíproco ocurrió. Obi-Wan sintió la Fuerza fluir desde el niño, como un reflujo en el mar del poder del Maestro Jedi. Y no sólo fluía, sino que fluía de una manera *diferente*.

El chico… el chico era como un conducto en un aspecto de la Fuerza extraño para Obi-Wan. Ciertamente, una «corriente blanca» tal y como Vima lo había llamado. Sintió su mente, espíritu y cuerpo como uno con el niño, un arroyo tranquilo insistiendo en bañarle. Obi-Wan podía percibir sus propios rasgos perder distinción, su cara reformándose en otra… alguien irreconocible.

Era una ilusión de la Fuerza que pudo sostener por sólo un momento. Pero era como si el inconsciente de Luke estuviera intentando darse cuenta del deseo de Obi-Wan de viajar sin ser visto. Y era distinto a nada de lo que Obi-Wan hubiera sentido nunca antes.

La Vieja Vima tenía razón. La Fuerza era poderosa en este.

Al fin, el Maestro Jedi encontró el lugar de Paolo… un establecimiento en una esquina, protegido por una risiblemente inefectiva muralla hecha de láminas desvencijadas de duracero. Empujando para abrir la puerta delantera oxidada, Obi-Wan entró.

Dentro, él inmediatamente captó la visión del pequeño espacio de garaje, ciertamente una fachada, y el torso de uno de los mecánicos profundamente metido en un caza estelar dianoga en forma de cruz. Asombrado, el alien rojizo alzó la mirada, su cara y mono bronceado manchados con grasa y goteando hasta los codos con lubricante violeta. Pero fue esa cara disecada, las cejas enfadadamente inclinadas ensanchándose en amplias orejeras triangulares y el par de colmillos sobresaliendo hacia abajo desde sus mejillas coriáceas lo que hizo que Obi-Wan se detuviera.

Aunque nunca había visto a uno desenmascarado, o siquiera completamente «en carne y hueso,» como eran, reconoció la especie instantáneamente de los archivos del Templo Jedi.

Un kaleesh. La misma especie que la del General Grievous. Al menos, antes de que se convirtiera en una abominación robótica.

Y en un cadáver.

—Esto debe ir bien… —dijo él, quizás para Luke… quien, quizás aún dormido, no se dignó en responder. Obi-Wan gritó—. ¿Paolo?

El kaleesh cesó de trabajar por completo, juntando sus cejas en una mirada incluso más fea de escrutinio. Entonces, con una hidrollave descomunal en mano, el alienígena ominosamente se aproximó. Obi-Wan dio un paso atrás involuntario mientras el espantoso mecánico andaba a zancadas hacia él —en aquellas piernas de extrañas articulaciones— sin decir ni una palabra. Los músculos correosos dentro de su carne caoba, laqueados con aceite de motor, estaban tensos. Acercándose a centímetros, sus ojos molestos diseccionaron al Jedi de capucha a botas y de vuelta hacia arriba.

Obi-Wan encontró la mirada muerta de aquellas pupilas en franja amenazantes mientras esa mirada fulminante familiar le perforaba… y recordó las llamas chirriantes de las cuencas oculares de Grievous cuando él explotó el interior del soporte vital del cyborg. Entonces, sin romper nunca el contacto ocular, y de esa forma especial kaleesh de saludar a los extraños, la nariz casi ausente del humanoide se arrugó cuidadosamente, olfateando dos veces al Jedi, como un gundark alfa. Obi-Wan sintió su piel contrayéndose, sus terminaciones nerviosas ardiendo violentamente, mientras el kaleesh se acercaba al durmiente Luke…

—¿Sí? —dijo Obi-Wan, su sable láser enfundado deslizándose lentamente hacia su mano.

Entonces, sin hablar, el kaleesh de cara de murciélago abruptamente se alejó de golpe y anduvo a grandes zancadas de vuelta hacia el garaje.

—¡Ey! —le gritó Obi-Wan. Pero el alienígena desapareció.

¿Qué fue, entonces? ¿Un olorcillo malo y el trato se rompe?

Obi-Wan escuchó los sonidos amenazantes del escuálido vecindario, preparando una estrategia para su siguiente movimiento. Podía percibir la consciencia de Luke saliendo del sueño cuando, finalmente, un nuevo alienígena salió del garaje.

Pareciendo incluso más grasienta con su mono que el kaleesh, y tan arcaica como la Vieja Vima, la humanoide tenía un alargado cráneo, ojos amarillos protuberantes y una arrugada cara de color vino como si hubiera pasado mucho, *mucho* tiempo en una bañera caliente de un Hutt. Se parecía a una weequay de piel coriácea… excepto que con hipotiroidismo y un monstruoso tumor cerebral.

—Sabes tanto como yo, —murmuró Obi-Wan.

Luke, ahora evidentemente despierto, estornudó en respuesta.

—Zegundis, —dijo la cara de ciruela pasa.

—Gracias, —dijo Obi-Wan.

—Ese es mi nombre de sangre, carne plana. No una bendición.

—Mis disculpas. ¿Es usted Paolo, o ese era el kaleesh?

—Paolo ha estado muerto desde que era una niña… e Ishtah trabaja para mí. —La mujer de cara arrugada se frotó sus manos sucias con un desgrasante en fermentación, y un residuo azul goteó de sus peludos dedos—. ¿Qué asuntos tienes, extraño?

—El nombre es Ben. Y creo que usted lo sabe. Me envía Shnozitski.

—¿Cuáles son las especificaciones?

—Belbullab veintidós, sin taras y en perfecto funcionamiento, completamente armado. Y aún más. Ya que nuestra conocida mutua con seguridad le ha transmitido holos de cada ángulo de la nave y la marca de carbón, sin duda ya lo sabe, también.

—Shnoz me dijo su nombre, también. Supongo que te crees un humano gracioso, Ben. Pero parece buena, te concederé eso. ¿Por qué te quieres deshacer de ella?

—Ya no es el tipo de fiera apropiada para un hombre de mi edad y responsabilidades. —Obi-Wan se volvió para darle a la mecánica una mirada de lado del bebé enganchado a su espalda.

—¿Neema, no es así? —Zegundis asintió—. Si fueras listo, te desharías del niño y te quedarías la nave.

Obi-Wan le dio una sonrisa tensa.

—Afortunadamente, soy de mente más débil que la mayoría.

La cara de ciruela pasa le devolvió la sonrisa.

—Apuesto que sí. Te diré qué. La verdad es, que a mi kaleesh no le gusta tu olor, carne plana. Eso significa que a mí tampoco me gustas. Pero me gusta tu nave. ¿Qué te parece un intercambio? Resulta que mi asociado Bammy acaba que echarle el guante a un estelar YT-1300. Está en órbita ahora, pero sólo tomará un puñado de días prepararla para el espacio.

—Me temo que no tengo tanto tiempo.

Zegundis se detuvo como para pensar, pero Obi-Wan sabía que no era así.

—Bien. Te quito la Belbullab de las manos, —dijo ella—. ¿Trato?

—Tendrá que hacerse uno.

—Eso te costará. Está bien, cincuenta mil. Sin preguntas.

Y ahora la auténtica negociación empezó.

—Señora Zegundis, —se defendió Obi-Wan—. Ambos sabemos que vale mucho más que eso.

—*Maestro* carne plana, —respondió la cara de ciruela pasa, enunciando el farfullo con una ternura azucarada—. Si lo valiera, no estaría tratando de endosársela a cualquier bishwag descerebrado en Nar Shaddaa, ¿no es cierto?

Así que la humanoide no tenía el cerebro tan dañado como lo parecía.

Obi-Wan consideró usar un toque de la Fuerza para masajear su disposición. Pero no estaba aquí para engañar a la dueña de un negocio para que dejara su estilo de vida… por ilegítima que fuera. Estaba aquí para librarse de su transporte llamativo.

Y para asegurar una pequeña suma que minimizara la carga lanzada sobre los nuevos tíos de Luke.

Hora de averiguar cuánto *podía* realmente ofrecer Zegundis. No llamaban a Obi-Wan «El Negociador» por nada.

—Cien.

—¿Mil? Estás soñando, —gruñó ella.

—Noventa.

—Deliras.

—Quizás. Pero como puede ver, tengo un bebé que alimentar…

—Puedes alimentar con *ese* forraje de bantha a los turistas, Gactimus.

—Ochenta y cinco, —contraatacó Obi-Wan.

Una mirada a medio camino entre un insulto y la incredulidad contorsionó la cara momificada de Zegundis.

—¿Qué es esto, la noche amateur, humorista? Cincuenta y cinco.

—Señora Zegundis, es usted más tacaña que un mendigo Jedi.

El labio de Zegundis se retorció, un gesto casi invisible en sus rasgos arrugados.

—Eso no estaría tan mal, salvo por las holo-impresiones de «más buscados» del nuevo Imperio.

—¿Buscados?

—La lista de «Enemigos del Imperio» del Emperador Palpatine, recién publicada, —dijo ella lentamente—. En su mayoría Caballeros Jedi que se sospecha que sobrevivieron a su orden de muerte… Maestro Carne plana.

Emperador.

Incluso aunque el título Imperial le producía escalofríos a Obi-Wan, mientras recordaba que él y Anakin habían en realidad salvado a Palpatine de los restos en llamas de la nave insignia de Grievous, tuvo menos de medio segundo para procesar todo esto y reaccionar. Las noticias acerca de una lista de Enemigos del Imperio eran casi con seguridad ciertas. Mientras tanto, la forma de dirigirse a Obi-Wan como «Maestro» era más que probablemente meramente una coincidencia. Una broma circunstancial.

O una puñalada en la oscuridad. Una amenaza velada.

Pero, como cualquier buen negociador… Obi-Wan tenía que asumir que eran todas esas cosas.

Luke eructó.

—El pequeño Neema, —dijo Obi-Wan a la defensiva—, le concede que dirige una dura negociación. —Él Miró a la cara de ciruela pasa directamente a sus ojos protuberantes—. Setenta y cinco.

—Sesenta. Lo tomas o lo dejas.

—Aceptaremos…

—Gonzo.

—… sesenta y cinco.

Zegundis se detuvo un momento, cruzando sus brazos… entonces dio un suspiro desvanecido.

—Sesenta y cinco, —accedió ella, golpeando con su sucia mano la palma de Obi-Wan—. No llevo créditos de la República. ¿Está bien con un cupón de créditos?

—¿Ha funcionado ese truco alguna vez con alguien?

—Nace un gungan cada minuto, —le aseguró Zegundis—. ¿Aurodium o vertex cristalino, entonces?

—Aurodium estará bien.

Él le enseñó un saco de su cinturón de utilidades para que ella metiera la centelleante moneda dentro.

Conforme terminaba, Obi-Wan observó los colores cambiantes del anochecer que se aproximaba con una tristeza profunda y repentina.

—Gracias, Señora Zegundis, —dijo él—. Pero hay una condición final para nuestro acuerdo.

La propietaria cruzó sus brazos de nuevo.

—¿Y qué sería eso, Ben?

El Maestro Jedi se irguió y cogió aire abruptamente.

En un resplandor, él la embistió.

Su mano se movió más rápido de lo que sus ojos enfermizos podían seguir, agarrando su cabeza tumorosa… y apuñalando con la Fuerza el repositorio sensible de su mente. Obi-Wan pensó que escuchó voces distantes protestando de horror… quizás era sólo la de Luke. Pero nada podía impedir sus responsabilidades. Ni siquiera mientras sentía los centros de memoria de Zegundis desenrollándose en el olvido.

Lo siento, susurró él.

***

El planeta Nal Hutta se alzaba, hinchado como su nombre de gusano, brillando en el cielo oscuro Nar Shaddaano.

Los lingotes de aurodium tintineaban en el saco del cinturón de Obi-Wan mientras abandonaba el garaje de Zegundis.

Obi-Wan deploraba la idea de darle una pieza de hardware militar tan exótica al submundo criminal. Ese no era el motivo de la repulsión permanente en la boca de su estómago, aún así.

Había hecho lo que tenía que hacer allí. Por el bien de Luke.

Pero el chico se había quedado antinaturalmente en silencio desde entonces.

Aún así, si lo que Zegundis había dicho de la lista de Jedi de Palpatine era cierto, no había forma de decir cuándo o de dónde podría salir un cazarrecompensas.

Así que esta era la nueva realidad de Obi-Wan. Un forajido.

Para siempre.

No para siempre, se dijo a sí mismo. *Sólo hasta que la República pueda ser restaurada*.

O se encontrara a sí mismo en el extremo equivocado del rifle bláster de un cazarrecompensas.

No había más tiempo para buscar a Tholme y T'ra Saa. Podrían incluso haber sido capturados ya.

O ejecutados.

Obi-Wan sintió un titileo en su mejilla. Alzó la mirada al cielo ennegrecido y sintió otro.

El siguiente transporte a la Estación Espacial Kwenn partiría pronto. Obi-Wan aceleró su paso mientras la lluvia golpeadora caía con más fuerza, tomando los tenuemente iluminados callejones traseros para evitar cualquier mirada curiosa escudriñando las carreteras congestionadas.

Ese fue su primer error.

Conforme Obi-Wan llegaba al cruce de una intersección solitaria, escuchó el aullido que helaba la sangre tras él… un skriil inhumano primordialmente perturbador. Luke saltó de miedo en su envoltura, y el Maestro Jedi se dio la vuelta.

Ese fue su segundo error.

Ahí estaban: el trío de obesas cerdas gamorreanas que había visto antes, sus mandíbulas goteando saliva en sus pechos hinchados, mezclada indiscriminadamente con el moco que supuraba de sus morros porcinos. Sus hachas golpearon felizmente sus mitones verdes carnosos.

Pero la confirmación del segundo error de Obi-Wan vino con el *siguiente* sonido que escuchó. Un inquietante zumbido como un skeeto de mandíbula gigante cortando el infierno a través del aire.

El forajido Jedi se agachó justo a tiempo de ver el sombrero negro, con borde de navajas, cortando a través del espacio que su cuello había ocupado… y apenas saltó para negarle a un disco asesino similar que le sustrajera las rodillas de sus espinillas. Unas cadenas de fibra enlazadas a cada uno de las partes letales modernas sacudió a los sombreros navaja de vuelta a sus dueñas como juguetes de carrete Thorgeld.

Obi-Wan ahora se volvió a su *izquierda*.

Lo que vio allí fueron los *mismos* tres matones kyuzo que también había visto en los alrededores de las cantinas. Murmurando en su vernácula de metal, escoltaban a un trío de perros rana grotescos. Las inmensas bestias cubiertas de verrugas luchaban contra correas láser amarillas, mascando con sus dientes astillados y moviendo gordas colas de renacuajo con hambre. Aunque supuestamente inteligentes, esta basura portadora de enfermedades echaba espuma rosa de sus bocas con rabia cyborreana.

Obi-Wan inmediatamente lo asimiló.

Se había encontrado con kyuzos antes: asombrosamente ágiles en las artes marciales, un grupo tal y como este era rival para cualquier par de Jedi. Pero *esos* especímenes en particular de músculos nervudos indudablemente eran *go-zeki*. Aunque llevando las

faldas y máscaras de oxígeno prototípicas de la especie, la carne de estos brutos de pecho desnudo no era aceituna sino de un naranja chamuscado: el remanente de un proceso de iniciación sádico que era un testamento, junto con sus sombreros navaja con cadena de fibra, de su alianza nefaria.

Los kyuzo *go-zeki* eran gánsteres y fanáticos del honor.

Y extra mortíferos por él.

Mientras tanto, sus anfibicanoides de dos patas parecían sólo ligeramente menos famélicos que las ogras gamorreanas babeantes en el callejón a la derecha de Obi-Wan.

Tres kyuzos go-zeki. Tres feroces perros rana. Un trío de berserkers gamorreanas sedientas de sangre.

Maldijo a esa vieja fósil de Vima-Da-Boda, seguro que ella los había traicionado después de todo.

Aún así, Obi-Wan no pensaba que las probabilidades contra él y Luke fueran insuperables.

Aquellos fueron su *tercer* y *cuarto* error.

Porque lo que *no* vio —lo que sólo la mirada pura como el cristal de Luke pudo ver— fueron los chiggnash.

Obi-Wan ni siquiera *percibió* a los dos aracnoides a tiempo. Lo que hizo fue *oírlos*… o al menos, el raqueteo interno obsceno de sus rifles como un nexu moliendo con sus colmillos.

¡KrrrrRAK! Una flotilla de ondas de otro modo invisibles envolvió la lluvia cayendo en una histeria geométrica mientras Obi-Wan daba la vuelta justo a tiempo para tirar de Luke fuera de peligro. Alzando su mano para ahogar los estallidos fijados en su espalda, sostuvo su palma infundida por la Fuerza firmemente, como el grado indiscutible de toda deidad todopoderosa.

Y casi fue *exterminado*.

Una explosión de dolor detonó en la mente del Jedi. Los tejidos de su mano gritaron como si gusanos del músculo estuvieran devorándola de dentro a afuera.

Porciones de la mano golpeada de Obi-Wan envejecieron casi instantáneamente, manchándose ante sus ojos, la necrosis trepante templada sólo por la franja inadecuada de energía de la Fuerza que había convocado.

Había sólo un puñado de armas de mano efectivas contra los Jedi… casi ilegales. Y Obi-Wan las conocía todas.

Pistolas destrozadoras Verpine. Onduladoras de pulso. Blásters sónicos geonosianos. Lanzadores de flechettes. Disruptores. Y…

Rifles tensores *Squib*.

La revelación le golpeó como una profanidad trisilábica.

Shnozitski.

Imaginativamente diabólico por invención por parte de una especie tan ridícula como los squibs, el poder de fuego tensor *devastaba* la estructura celular de un objetivo con una tecnología de ondas comprimidas adaptada de la física de los rayos tractores,

chamuscando las estructuras moleculares en papilla. Aunque difícil de apuntar, la descarga ondeante, imperceptible, de las armas también se beneficiaba por ser casi imposible de rechazar por completo por un sable láser o una mente Jedi desconcentrada.

Instintivamente lanzando hacia atrás su mano devastada, Obi-Wan retrocedió contra un edificio, escudando a Luke entre sí mismo y la pared de estrescreto barato.

Y al fin, el Maestro Jedi entendió su último error.

Nunca, *nunca*, confíes en un trato hecho en Nar Shaddaa.

De un amarillo ácido y con un caparazón multisegmentado, los chiggnash retrocedieron en un cuarteto de patas traseras con pinchos, acabando justo bajo la mitad de su miríada de apéndices especializados. Sobresaliendo de sus largos torsos había un par de brazos más gruesos que parecían doblar para la ambulación, juntos como si invitaran para un abrazo insectil, mientras que un juego de pinzas más diestro, apretando los rifles tensores, los sostenían. Sobre todos ellos había dos garras como garrotes extendiéndose sobre antebrazos fornidos, colocados justo bajo unas cabezas aplastadas triangulares que carecían de ningún ojo discernible. Unos puntos marrones punteaban el caparazón de uno mientras que dos bandoleras entrecruzaban el tórax del otro.

Aún así el detalle anatómico más siniestro de los matones escorpiónicos era sus aguijones morales de un metro de longitud. Las delgadas colas arpón malévolas de los chiggnash se enrollaban y desenrollaban mientras la voz de Entrecruzado oscilaba en un tañido de grillo.

—Entrega los créditos, extranjero.

—Me temo… —dijo entre dientes Obi-Wan a través del dolor palpitante—. …que no sé de lo que está hablando.

—El pago que acabas de recibir por tu nave, cerebro-vacío.

Como para enfatizar el punto, los perros rana glotones ladraron un croar feral de reproche.

—Estoy seguro, —insistió Obi-Wan—, de que podemos llegar a un mutuamente beneficioso…

—Observa a tu alrededor, trepaestiércol, —respondió Puntos, haciendo un gesto a sus esbirros *go-zeki* y gamorreanos—. *Ya* lo hemos hecho.

Obi-Wan *barrió* con su mirada a su alrededor, sabiendo bien de las artes despreciables de los chiggnash.

Los secuestradores y chantajistas profesionales por comercio, también eran esclavistas poco fiables naturales. Empalando sus aguijones en posibles reclutas, los aracnoides inyectaban a sus presas con un suero zombificador que pasaba al flujo sanguíneo, dejando perdidas incluso a las fisiologías alienígenas al Control Mental Chiggnash. Mientras que los xenobiólogos hipotetizaban un fundamento de feromonas para lo que venía después, lo que era indiscutible era el efecto que helaba los huesos. Los imbéciles de mente fundida se convertían en guerreros drones de sus atacantes.

Durante seis días estándar, es decir. Si el veneno en el sistema de las víctimas no era contrarrestado para entonces, pronto sucumbían a un estado vegetativo permanente.

Por el brillo de las lumas parpadeantes de la calle, Obi-Wan registró cada grupo de bandoleros armados y siendo títeres que los rodeaban tanto a Luke como a él. Escuchó el concierto de risas gamorreanas de satisfacción; el jadeo y relamer de los anfibioides carnívoros; el eco de hojalata de las gotas de lluvia sobre el tocado de los kyuzo.

Más allá del ruido del aguacero… percibió a Luke agudamente despierto, sin embargo insonoro; percibió el ralentizar de su propio corazón. En alguna parte distante… alguien estaba tocando las notas melodiosas de Sangra Mi Nova en un flautín de hierba zelosiano.

Y cerca… el constante plegar/desplegar de los órganos de veneno de los chiggnash.

La tormenta ahora les golpeaba, mientras Obi-Wan acunaba su mano aplastada por el pulso… y dejaba que su sable láser se deslizara hacia su palma arruinada.

—No, —susurró él—, desde mi punto de vista.

Ni un dedo Jedi, ni una pestaña de bebé… ni una cola canina, morro porcino o músculo kyuzo se movió.

—*Go-zeki*… —cliqueó el líder chiggnash al fin—. Alimentad a los perros.

Los kyuzos sonrieron con sus ojos fundidos.

Y soltaron a los perros.

Gruñendo, los colosos de cien kilogramos, gritando, saltaron… sus ojos bulbosos salpicando locura, las correas láser sacudiéndose.

Ni el Maestro Jedi ni su Padawan siquiera se sacudieron.

Ahí ahí, Luke…

Los perros rana saltaron… sus lenguas colgando en sus fauces abiertas.

Un asta de luz… *exhaló*.

La radiación viva empaló al primer comedor de carne embadurnado a través del pecho… virtualmente partiéndolo por la mitad mientras Obi-Wan tiraba hacia arriba del asta de luz y lo inclinaba de lado a través de las mandíbulas codiciosas, puntiagudas, del segundo perro rana, seccionando el cráneo superior y la maxila. Su mano derecha se acurrucó sin esfuerzo en la copa de su izquierda mientras interceptaba la energía brillante y llenaba su órbita de figura ocho con un corte delicado que sólo lamió la tripa carnosa del tercer perro rana para desabrochar los interiores de la bestia desde el agujero de purga hasta las fosas nasales.

—*¡Gorple zo-zo!* —gritó un kyuzo.

La luz respirante… *suspiró*.

Los cadáveres revolcados de los caninos yacían humeantes en una masa húmeda, burbujeante, a los pies de Obi-Wan, su sable láser siseando. Sin exponer ni una sola vez su espalda o su Padawan a sus adversarios.

Las caras de impasividad de los dobladores de mentes chiggnash no mostraban ni una sombra de preocupación.

—*Gran* error, hombre brujo, —le amonestó Entrecruzado—. Antes, Riley y yo sólo queríamos tus créditos. Pero el Imperio está pagando premium por cabezas-Jed. Los cuerpos son opcionales.

Un relámpago partió los cielos y un trueno retumbó a través del callejón mientras, lentamente, exquisitamente deliberadamente, Obi-Wan asintió. Su pelo empapado de lluvia, el sable láser anclado en ambas manos… el Maestro Jedi mantuvo su posición.

—Entonces, —dijo él—, ven a por ella, escoria de alcantarilla venenosa.

Y mientras los *go-zeki* kyuzo acechaban hacia delante… mientras las berserker gamorreanas chillaban un grito de guerra hacia sus puercas deidades… y los chiggnash ajustaban sus rifles tensores… algo *hermoso* ocurrió.

El sonido más sublime que Obi-Wan podía esperar escuchar en ese momento desesperanzado encontró sus oídos Jedi.

El sonido de otro sable láser encendiéndose.

Y *otro*.

Y Obi-Wan se dio cuenta… Vima había tenido razón, todo el tiempo.

Los Jedi que había estado buscando le habían encontrado a *él*.

Los dos rescatadores encapuchados saltaron en la reyerta, unas neblinas de movimiento en la lluvia torrencial. Con unos reflejos Jedi imposibles, la más ágil de sus salvadores dio la voltereta directamente hacia la línea de fuego de los tensores de los chiggnash y, girando su hoja de plasma verde como las manillas de un cronómetro, elegantemente seccionó los manipuladores de gatillo fácil a la altura de las muñecas. Pero incluso mientras los rifles de los extorsionistas caían al ferrocreto húmedo, las pinzas aún ancladas, los imperturbables chiggnash sacudieron sus cabezas hacia sus tórax y cayeron sobre sus abdómenes. Sus garras anteriores y sus colas insectoides venenosas se sacudieron con golpes explosivos, forzando a la ágil guardiana a evadirlos con cada traza de su agilidad.

En reacción los drones guerreros kyuzo y gamorreanas atacaron instantáneamente.

Excepto que instantáneamente no fue ni de cerca lo suficientemente instantáneamente.

Los bandidos kyuzo lanzaron sus maliciosos sombreros navaja de cadena de fibra… justo mientras, desde detrás, el sable láser esmeralda del espadachín Jedi más grande se fundía a través de las patas inferiores de los mercenarios como un cuchillo a través de la carne podrida. En un golpe limpio, preciso, los amputados *go-zeki literalmente* cayeron de rodillas, sus tocados voladores, de borde afilado, rebotando salvajemente en los edificios adyacentes.

Las mujeres cerdas gamorreanas cargaron.

Horrorosos gruesos de músculo y grasa empujando y haciendo carambolas se lanzaron hacia Obi-Wan y Luke.

Y el Maestro Jedi los forzó por completo.

Mientras las alocadas cerdas caían sobre él, con las vibro-hachas alzadas, Obi-Wan extendió los dedos de su mano intacta. Entonces, como si agarrara a un rufián por las solapas, *tiró* de su puño cerrado de nuevo hacia él.

Las cerdas, ya en estampida completamente inclinadas, no tuvieron ocasión.

Con su inercia abruptamente magnificada diez veces por la Fuerza, el suelo resbaladizo por la lluvia hizo el resto. Las sicarias empapadas, fuera de control, sólo pudieron observar estupefactas mientras Obi-Wan daba la voltereta con Luke sobre sus cabezas y salía del camino de su barrido mientras las cerdas chocaban contra y *a través* del muro de estresscreto.

Un momento pasó. Luego, las tres gamorreanas se tambalearon torpemente fuera de los escombros implosionados, jadeando tristemente y sosteniendo sus costados y cabezas cornudas. Demostrando que las feromonas chiggnash no eran rival para la autoconservación porcina, cuando las gamorreanas vieron a Obi-Wan de nuevo, el sable láser encendido, las guardaespaldas corrieron por sus miserables y puercas vidas.

Obi-Wan respiró un suspiro de alivio.

Y en ese breve respiro… se dio cuenta de que algo iba mal.

Luke estaba llorando.

No sólo llorando. El bebé parecía en pánico. Ese tipo de terror infantil especial intangible.

Y de una vez, mientras la mujer encapuchada gritaba salvajes cortes de su sable láser a través de las colas de los aracnoides chiggnash… mientras el otro «salvador» encapuchado clavaba un sable láser a dos manos a través de las cabezas mutilantes y suplicantes de los kyuzos, Obi-Wan entendió que algo iba gravemente mal.

Esos *no* eran los Jedi que estaba buscando.

No son los Maestros Tholme y T'ra Saa, se dio cuenta, de repente recordando que, hacía mucho, mucho tiempo… había habido una academia *Sith* en Nar Shaddaa.

No. Esos eran…

—*Jedi oscuros,* —escupió él.

Fue el último pensamiento que tuvo mientras los mermados chiggnash rogaban por piedad… y se les concedía ninguna.

La mujer encapuchada, la mujer que él había tomado por T'ra Saa, cortó su sable láser a través de los torsos de los aracnoides desarmados —dejando los seis segmentos de los seres como escorpiones sacudiéndose y retorciéndose hasta quedarse quietos— mientras su compañero sediento de sangre lanzaba su espada láser de punta a punta a los pellejos de las gamorreanas que huían.

Una punzada de vacilación sobrevino a Obi-Wan. Pero el Maestro Jedi golpeó con la fuerza, más por instinto que por piedad, y arrestó a la espada arrojada a medio vuelo. El sable láser parado salpicó en un charco, convulsionándose indefenso y acortándose, mientras las cerdas escapaban.

—Suficiente. —Gritó él a través de la tormenta golpeando—. ¿Quiénes sois?

El sable láser inundado tembló, girando de vuelta al agarre enguantado del espadachín grande. Entonces los rescatadores encapuchados de Obi-Wan y Luke se retiraron las capuchas.

El más grande, el que había tomado por el Maestro Tholme, le era completamente desconocido; pero su pelo negro, sus marcas faciales sectarias y su pigmentación no lo

eran. Blanco como la ceniza, con una serie de tatuajes en vector negros adornando su frente y mejillas, su rostro se asemejaba al de las brujas de Dathomir o a un fantasma de Darth Maul. El patrón le marcaba como un bpfassi… enemigos centenarios de los Caballeros Jedi y un miembro de los insurgentes oscuros que recientemente arrasaban el Sector Sluis.

Camino del sistema Dagobah.

Adonde se dirige el Maestro Yoda…

—*Vosotros* —dijo Obi-Wan—. Pensé que los últimos de vosotros, asesinos, se suicidaron en desgracia.

—Heridas a las que uno puede sobrevivir, perro Jedi, —respondió el cultista—. Cuando el odio es lo suficientemente fuerte.

Obi-Wan cortó con sus ojos a la cómplice del hombre. Por un rato la bpfasshi fue una extraña para él, la joven humana, resultona, rubia…

—Te *conozco,* —dijo Obi-Wan.

—No lo haces, —le corrigió ella—. Pero yo sí te conozco a *ti*, asesino.

¿Asesino?

La mente de Obi-Wan se aceleró, tratando de encajar la cara de esta mujer —esta chica— con un evento, un lugar, algo. Sin éxito.

Ganando tiempo, exigió:

—¿Cómo me habéis encontrado?

La bpfasshi resopló.

—En gran parte por suerte.

—No me lo creo.

—¡Entonces cree en el *destino*, maldito idiota! —La mujer rubia se acercó a Obi-Wan, su sable láser verde rozando el suyo—. Fomadu rastreó a tu hipócritas compañeros, T’ra Saa y Tholme, para *matarlos* por su rol en la matanza de los bpfasshi.

—Poco imaginábamos que el propio gobierno de los Jedi haría el trabajo por nosotros, —se regodeó Fomadu.

—Dinos, Kenobi, —dijo la chica—. ¿Qué se siente cuando acaban de masacrar a *tus* hermanos?

Las palabras patearon a Obi-Wan en la garganta como un ronto corcoveando.

Desde mi punto de vista, hicieron eco las palabras de Anakin, *¡los Jedi son malvados!*

—¿Dónde están los Maestros Tholme y T’ra Saa? —exigió él.

—Preocúpate de ti mismo, vil Jedi, —dijo la rubia.

El ronroneo amenazador del sable láser de Fomadu se reactivó de nuevo mientras avanzaba.

Obi-Wan sabía que los bpfasshi eran expertos en los trucos mentales. Incluso ahora, podía sentir a Fomadu desgastando sus defensas, aferrándose a su debilidad momentánea. Los torrentes de lluvia ante él se envolvieron en imágenes de sus hermanos Jedi. Inicialmente, T’ra Saa y Tholme en angustia… entonces, más profundamente, Yoda, Siri y Anakin, bramando en sus últimos estertores de muerte…

Empapado, asustado, exhausto, Luke no había dejado de gritar.

Obi-Wan luchó contra las alucinaciones.

—¿Y tú? —Presionó él a la mujer rubia—. Tú no eres bpfasshi. ¿Estás aquí meramente para satisfacer la sed de sangre de tu novio?

Las mejillas de la joven humana se sonrojaron.

—Cumplimos la voluntad de nuestro maestro, Jedi. Pero él debe haber percibido que *tú* estarías aquí, también.

Obi-Wan estaba astutamente manteniendo a ambos Jedi Oscuros enfrente de él. La empuñadura del sable láser de la humana le parecía distintiva: de un oro brillante, como el color de su pelo.

—**Conozco** a tu maestro, —declaró él.

Tornados de rabia inundaron los vibrantes ojos caoba de la chica.

—Quién es mi maestro *ahora* no te concierne, salvo por cómo comparte mi odio por las viejas heridas que tú infligiste. Lo que debería importarte es quién *fue* mi maestro… hasta que tú le *ejecutaste*.

La mente de Obi-Wan silenciosamente se desenredó.

Así que eso era. Esto no era acerca de la lista de Jedi del Emperador después de todo.

No. Esto era mortalmente personal.

No hacía mucho, pero antes de Nelvaan… él y otros dos Caballeros Jedi habían estado dando caza a un grupo de acólitos Sith, llamados los Jensaarai, hasta el planeta Susevfi…

Donde, en combate, Obi-Wan perdió la capa de cumpleaños tejida en Tatooine que Anakin le había dado.

Conocidos conspiradores con los bpfasshi, los tres practicantes Sith fueron derrotados, pero el Maestro Jedi Nejaa Halcyon había dado su vida para asegurarse de ello. Los Jensaarai habían estado tan saturados de energías malignas, que su carne había explotado con un ánima contaminada tras su muerte como pus supurando de una herida infectada.

El líder de la banda oscura, al que Obi-Wan había despachado, había sido un hombre rubio, atractivo…

—Tu maestro…

—¡Mi *padre*! —Gruñó ella—. ¡*Asesino*!

Luke estaba berreando descontroladamente.

Y en ese momento, un pensamiento se le ocurrió a Obi-Wan, el último de los Jedi.

¿Cuántos?

Gansters, cazarrecompensas, oscuros… su propio aprendiz. Obi-Wan había acabado con las vidas de esos y más. Sólo necesariamente, por estar seguro. Pero la necesidad era un *absoluto*. *Un punto de vista*. Nadie había compartido la restricción Jedi de Obi-Wan sobre los apegos emocionales.

Sobre las familias.

Durante casi cuatro décadas como un protector declarado de la paz y la justicia de la República… ¿a cuántos hijos e hijas había dejado huérfanos Obi-Wan?

Las alucinaciones continuaron invadiendo los límites de sus ojos y mente… Qui-Gon, Satine, Halagad, Ahsoka… mientras Obi-Wan desactivaba su sable láser.

—¿Cómo te llamas? —cortó su voz a través de la lluvia.

Por una fracción de segundo, la chica vaciló… la tormenta en sus ojos calmándose.

—*No* le… —empezó el bpfasshi.

—Mei, —respondió ella, su sable láser firme.

—Mei, —dijo Obi-Wan—. Lo siento por lo de tu pare. Si hubiera habido otra forma…

—¡Silencia ya a este carnicero Jedi suplicante! —Le interrumpió Fomadu—. ¡Miente como un sloogariano lleno de estiércol!

—Escúchame, Mei. *Siento* lo de tu padre. Pero los Jensaarai estaban descarriados, siguiendo una fusión corrupta entre las enseñanzas Jedi y Sith…

Y en esa declaración, la tormenta en sus ojos se hinchó en un huracán.

—¡Que el Caos se *lleve* a los Jensaarai! ¡*Y que el Caos se te lleve a ti*! —Estalló Mei—. ¡Fomadu y yo seguimos un *nuevo* camino! Ni Jedi ni Sith. Ni luz ni oscuridad. Sólo la *verdad* de este instante en la vida.

—Y al acabar con tu vida, —provocó Fomadu—, amamantaremos a tu niño con la teta de esa verdad… la cual el bebé reconocerá o será destruido.

Fue sólo entonces que el Maestro Jedi entendió por qué Luke estaba llorando incontrolablemente.

Las ilusiones asediando a *Obi-Wan* no eran el único asalto del bpfasshi. La masacre de los fantasmas del terror de Fomadu *también* estaba depredando la frágil mente del chico.

La mirada de Obi-Wan se endureció en acero.

—No, —gruñó él—. No lo creo.

Entonces de repente el pánico de Luke se sosegó.

Y Obi-Wan…

Corrió.

***

Un lobo de sangre es una extraordinaria criatura.

Nativos del sistema montañoso impresionantemente deforme de los Reyes Malditos del planeta Rena, y reverenciados por la gente pipunt indígena, el «Gran Príncipe de las Bestias» mide un metro de alto hasta los hombros. Al contrario de la creencia común, el lobo de sangre no anhela el suero vital de su presa, como hace el olfateador de sangre o el comedor de sangre oskan. Su dieta, más bien, consiste primariamente en el consumo monótono de espinosos hordzats y la ocasional matanza de manadas de bantha. El nombre de este magnífico depredador en realidad surge del rubor del esmalte de sus

enormes colmillos carmesí, saturados de hierro, que contrastan vistosamente con la densidad plateada de su capa principesca.

Pero no te confundas.

A pesar de que el majestuoso lobo de sangre deriva su nombre de su dentición, los padres de cría de esta noble raza han demostrado ser protectores espectacularmente implacables de sus manadas. Los vinicultores y destiladores de Irongut rurales de Rena, por igual, atestiguan que estos señores lucharían contra los cazadores pipunt (o embriagados con arrebatos de coraje) con colmillos y garras hasta la muerte para salvaguardar a los suyos. Esos exquisitos animales mutilarán, matarán, *morirán*… por las vidas de sus hermanos.

Por su descendencia.

Su *sangre*.

El «Príncipe Sabio,» proclaman los adivinos pipunt, entre todos los animales (las estrellas incluidas) *solo* comprende muerte. Un lobo de sangre, dicen, rozando la línea entre la maldición de la consciencia y la bendición de la inconsciencia. Ya que ha pasado sus más jóvenes días en las mismas mandíbulas de la muerte, arrebatado del peligro en el bostezo de las fauces escarlata del padre de camada.

Ahí, innumerables cachorros encuentran su muerte. Muchos más aún lo harán.

El lobo de sangre *solo* comprende muerte.

Y, por lo tanto, la dulce pungencia de vida… aullando su triste sabiduría, en la inmensurable noche, a sus separadas hermanas las estrellas.

Un lobo de sangre *es* temerario. Y aunque el Príncipe Sabio luchará con colmillos y garras hasta la muerte, amputando y matando…

También corre.

En una carrera a muerte, un lobo de sangre, cachorro en sus mandíbulas, puede lograr velocidades de ochenta kilómetros por hora.

En la Luna del Contrabandista, un Maestro Jedi con su recién nacido Padawan corrió más rápido.

La propia Nar Shaddaa, rodeando la enorme joya de Nal Hutta, gira sobre su eje a unos respetables *ciento setenta* kilómetros por hora…

Obi-Wan Kenobi… corrió más rápido.

Y en una meseta lacerada de arena, una vaina de carreras completamente alcanza distancias a *seiscientos kilómetros por hora*.

Obi-Wan…

Corrió…

Más…

Rápido.

El Maestro Jedi corrió sobre ciento sesenta y cinco metros por segundo.

Más de seiscientos kilómetros por hora.

Nadie, ni Jedi, ni Sith, había duplicado nunca tal locomoción súperhumana.

¿Estaba huyendo Obi-Wan? No lo sabía.

Pero sabía que, *esta vez, no* estaba huyendo del fuego de bláster o de droides destructores. *No* estaba huyendo para salvar su *propia* vida.

Ni siquiera estaba corriendo para salvar a Qui-Gon del fuego mortal del sable cantante de Darth Maul.

Estaba corriendo… para salvar al niño que amaba.

Llamarle un borrón, una mancha de velocidad, era sustituir una pobre poesía en favor de la verdad.

El espacio se contrajo… el tiempo se distendió.

Obi-Wan era una fulminación en realidad.

Obi-Wan *era* la Verdad.

Obi-Wan literalmente ardió con luz quinética mientras atravesaba las calles de Nar Shaddaa. Y con cada ángulo imposible que rodeaba, cada gota de lluvia a cámara lenta que esquivaba, cada ser al que ahorraba una combustión espontanea por el contacto con su impulso sobrenatural, el Maestro Jedi sentía sus músculos, sus átomos, su propia esencia… rebelándose en un pandemonio.

Obi-Wan estaba —de hecho— desintegrándose.

Luke, por su parte, parecía estar disfrutando del viaje.

Obi-Wan sabía que los Jedi Oscuros no podían estar muy lejos por detrás. No miró atrás para ver si estaban ganando terreno. La física, si no la Fuerza, lo prohibía. Quizás los había cogido por sorpresa, y quizás no podían igualar el paso de un Maestro Jedi devorando el combustible de la desesperación, pero él no podía mantener este ritmo para siempre. Siquiera por mucho más.

Pero Nar Shaddaa ocultaba en sus tripas una pútrida verdad.

La subciudad.

Obi-Wan necesitaba una oportunidad de lucha. Los dúos Sith *no* eran su fuerte, especialmente no cuando estaba protegiendo a la última esperanza de los Jedi. Dejando a los peatones nocturnos llenos de asombro mientras desgarraba a través de la noche a unas velocidades inconcebibles, Obi-Wan sacó a Luke del peligro… buscando… *rezando*…

Entonces, Los ojos de Obi-Wan se posaron sobre ello.

Un hueco de desperdicios que caía hasta la tripa podrida de Nar Shaddaa.

De la nada, una tablilla ardiente de esmeralda segó hacia Obi-Wan. Sin pensarlo, el Jedi se inclinó, todo eso evitando que su cabeza se le cayera mientras el sable láser en su lugar, chamuscaba el escaso de su barba. El hueco descontrolado mandó al Maestro Jedi en caída, casi salpicándolos a él y a Luke en una alta subida.

Sin sabes cómo de profundo el hueco de desperdicios descendía, Obi-Wan no se lo pensó dos veces. Con una profunda inhalación de la olorosa descomposición que manaba de la subciudad, y una súplica a la Fuerza, bajó en picado por la entrada con Luke… cayendo a la perdición.

***

Como una sola entidad, los Jedi Oscuros desgarraron a través de la ciudad tras su presa.

Mei sabía lo que Fomadu estaba pensando. *Por supuesto* que sí. Cuando ella le salvó de cometer suicidio tras la muerte de su hermano Zukao, él le había transferido el vínculo de fuerza que compartía con su hermano bpfasshi a ella, juntando sus espíritus en las raíces. Lo que Fomadu sentía, ahora *Mei* lo sentía; lo que Fomadu pensaba, ella lo *sabía*. Compartido al nivel sináptico en el que cada éxtasis y dolor y cada fantasma estaba en medio.

Pero cuando Mei había cerrado su ardiente vínculo durante medio instante, sucumbiendo a los trucos Jedi manipulativos de Obi-Wan Kenobi, ella había permitido escapar al cobarde.

No sucedería de nuevo.

{{*Te dije que no le dijeras tu nombre,*}} pensó Fomadu, amonestándola.

{{*Cállate, amor mío,*

}} explicó ella.

Ella y Fomadu habían dedicado sus vidas no sólo el uno al otro, sino al camino del *Caos*… ese Sueño-Ur antes y más allá de todas las cosas en el que la suma de las realidades se entrelazaba. La Oscuridad en la que todo se originaba y a la que regresaría.

El Gran Vacío, entendían ellos, era la única verdad. Su maestro necromante les había enseñado eso. Era el *vacío* que Mei conoció cuando Kenobi tomó la vida de su padre Sukarr. Y era el mismo no-ser, *dentro* de ella, que le había llevado hasta Fomadu, uniéndolos en Malo VI como dos agujeros negros perfectos succionando el abismo el uno del otro.

Fomadu le había dado un *propósito,* y su maestro cyborg les había dado *esperanzas*… forjadas en la crisma santificante de la sangre y la venganza.

Era la Oscuridad, sí, pero no la muerte lo que veneraban. La *venganza* era su sangre vital ahora. Incluso así, todas esas facetas —la Oscuridad, Caos, el Gran Vacío e incluso la venganza elemental— eran meros miradores, expresiones tan superficiales como las coordenadas en un mapa. Metáforas sensuales para el único verdadero e ininteligible Sueño-Ur.

Desde Él y Hasta Entonces, sólo tenían el momento eterno.

Y el uno al otro.

La destrucción de la Orden Jedi por decreto Imperial había sido la primera señal momentánea del Caos favoreciendo la entrega de los Soñadores-Ur. Y ahora, la muerte de Kenobi iba a convertirse en la perfecta consumación de su amor aniquilador.

{{*No seremos perdonados si escapa,*}} advirtió Fomadu.

La respuesta de Mei fue fría seguridad.

{{*No escapará.*}}

Kenobi les *estaba* sacando ventaja, corriendo sin ningún patrón o destino discernible. Pero el asesino no se escaparía. El destino no se lo había entregado hoy para que viviera.

Subsumiendo su consciencia al Sueño-Ur, la verdad de la realidad se volvió inminente para Mei. Cada momento, cada arruga del tiempo, era una distorsión del

Presente Eterno. Las posibilidades eran una *ilusión*, una falsedad perpetuada por la creencia en un futuro incognoscible.

Una creencia que los Soñadores-Ur no concedían.

En la visión de Mei, el paisaje urbano se volvió negro. O, más precisamente, en sombras de gris, remarcando los perfiles de los edificios, gente y calles.

En medio de este mural monocromático, la huida de Kenobi centelleaba como un pez garra bioluminiscente en un mar de noche.

Quizás no pudieran mantener el ritmo de Kenobi. Pero no tenían por qué hacerlo.

En su estado de Caotomancia, las avenidas de escape probables para Kenobi resplandecían en miríadas contra el ignorante fondo, extendiéndose en zarcillos desde el fugitivo acelerando como los tentáculos de una dianoga de mil brazos. Entonces, conforme Mei se concentraba, las posibilidades se redujeron y redujeron, las rutas de escape del Jedi desapareciendo, muriendo incluso a las probabilidades, una cada vez. Una a una, hasta que sólo…

Hubo…

{{¡Ataja por la Plaza Budhila! AHORA.}} le dijo Mei a través de la Fuerza.

Fomadu se separó incluso antes de que la orden se completara.

Mei se aferró al rastro de Kenobi, ya sin control de sus acciones, mientras el Jedi y el bebé giraban a través de pasadizos y calles. Ella era la única con las órdenes del Sueño-Ur, en espiral, entretejiéndose tras él.

Y el Jedi estaba ralentizándose, cansándose.

En un flash literal, Mei vio a Fomadu reaparecer directamente enfrente de la forma distante de Kenobi. Su hoja esmeralda cortando, casi arrancando la cabeza asesina del Jedi. Kenobi apenas evitó el corte por el pelo frito de su mentón, pero perdió un valioso impulso mientras redirigía su carga. Fomadu se acercó de pleno, dirigiendo su hoja para acabar con él…

Pero entonces, Kenobi se desvaneció, lanzándose por un conducto de alcantarillado con el niño.

Con la guardia baja, Mei se detuvo, momentáneamente recuperando su aliento, observando a Fomadu mirando a las profundidades de la sima.

Y de repente, ella lo supo.

Había suficiente instinto en su bpfasshi para una última mirada larga en su dirección.

{{*¡Fomadu!*}} gritó Mei.

{{*Por mi hermano*.}}

***

Con una terrible ligereza arrebatadora, Obi-Wan y Luke salieron lanzados del hueco de desechos.

Y cayeron y cayeron hacia la oscuridad.

El viento golpeaba febrilmente a las túnicas del exhausto Jedi, enfriando su mojada piel mientras caía en picado salvajemente. Inmediatamente extendiéndose en plano, Obi-Wan maximizó su agarre… cuando abruptamente, pudo entrever su propia sombra en caída contra el fondo del alrededor de los descuidados rascacielos subterráneos.

Queriendo decir que, una fuente de luz se aproximaba *rápidamente* desde atrás.

Desde el rabillo del ojo, un espectro llameante iluminó la oscuridad, mientras el Fomadu de cara espectral caía a través del abismo tras ellos como un misil guiado, con el sable láser esmeralda ardiendo.

Pero Obi-Wan estaba preparado.

Girando a Luke fuera del peligro mortal, simultáneamente encendió su propia hoja azul, inclinando el giro en el sentido de las agujas del reloj de su torso rodando para torcer su sable láser en un golpe perfecto, desgarrador de deceso seguro.

Su forma era perfecta.

Pero la del bpfasshi lo era también.

La hoja voladora de Fomadu interceptó el golpe mortal de Obi-Wan con una precisión dinámica, apartando a un lado el sable láser fuera de la mano destrozada del Maestro Jedi, impulsándolo hacia la oscuridad. Sin flaquear, Obi-Wan inmediatamente agarró a dos manos la muñeca portadora de muerte del Jedi Oscuro con la urgencia de estrangular a un tromonido venenoso.

Luchando por la espada láser, cayeron.

Extremo a extremo, como mynocks enzarzados en un duelo, a través de la perniciosa negrura.

Mientras se agarraban alocadamente, Obi-Wan centró la Fuerza para anclar a Luke desesperadamente a su cuerpo en caída libre. En su cansancio, sin embargo, su pura fuerza se hundió bajo el esfuerzo adicional. Fomadu dobló su espada hacia Obi-Wan, emitiendo un aullido mientras el plasma calcinador se hundía en el muslo del Jedi.

El oscuro tiró del sable ardiente hacia el cuello de Obi-Wan, su brillo revelando su dolor y la cara llena de odio de Fomadu.

—¡*Volvemos* a la oscuridad primordial como uno, Jedi! —Rugió el bpfasshi—. ¡Para unirnos a nuestros hermanos y hermanas en el Caos!

La bravuconería del oscuro caló en su rostro, deformándolo en un éxtasis grotesco.

Y *ese* fue el error de Fomadu.

Ya que aunque el Maestro Jedi estaba débil más allá de la mesura… su Padawan no lo estaba.

Tocando al diminuto ser luminoso, Obi-Wan permitió que la singular firma de Fuerza de Luke le recorriera. Y al mismo tiempo, él extendió el brazo hacia una imagen, un *anhelo*, protegido en el borde de la mente del bpfasshi. Entonces, por un breve momento en el tiempo, los rasgos barbudos de Obi-Wan se emborronaron y se formaron, cambiando… en unos rasgos muy similares a los de Fomadu.

El odio huyó de la cara del bpfasshi.

—¿Z… Zukao? —jadeó él.

Entonces, Obi-Wan dobló hacia atrás la muñeca del oscuro… y se acabó.

La Fuerza frenó el descenso de Obi-Wan y Luke lo suficiente como para golpear el suelo agachados. El cuerpo cansado del Jedi sin embargo se hundió bajo la tremenda fuerza, disparando agonía por su pierna herida como un rayo retorcido.

Un segundo más tarde, el cuerpo de Fomadu golpeó el ferrocreto junto a ellos como un saco de basura… su cabeza separada crujiendo al abrirse cerca.

El abandono y la suciedad rancia les rodeaban. La débil luz, ilegalmente desviada por unos intocables sociales, iluminaba una metrópolis baldía de edificios en ruinas y pilas altas de entropía orgánica. Asesinos Gank, vrblthers atracadores de carne y otros engendros infernales con seguridad acechaban por allí.

El sable láser de Obi-Wan no estaba en ninguna parte a la vista en el entorno bombardeado. Agarrando el sable láser desactivado de la mano perdiendo calor de Fomadu en su lugar, apresuradamente llevó a Luke y a sí mismo tras una partición de duracero y ferrocreto oxidados, todo lo que permanecía de un Banco InterGaláctico destrozado por el tiempo. Deslizando el tablero de cuna de sus hombros, inclinó a Luke suavemente contra el trozo de muro.

El chico no se movía.

Un terror bañó a Obi-Wan.

En pánico, prácticamente aplastó su oído contra el pecho de Luke, incapaz de confiar en la Fuerza por encima de sus propios sentidos de carne y hueso.

Nada.

Ni un sonido.

Entonces… un diminuto *pum* hizo eco en su tímpano.

El Jedi casi se ahoga en el jadeo de su propio alivio.

La asistencia de Luke en la lucha con Fomadu había drenado al chico por completo, dejando al recién nacido inconsciente. Obi-Wan percibió ahora a través de la tela tejida del tablero de cuna su pequeña caja torácica, sus minúsculos brazos y piernas, inspeccionando en busca de huesos rotos. Aún así, aparte de un espolvoreo de tierra, su Padawan parecía intacto.

Obi-Wan colapsó contra el muro en ruinas, respirando pesadamente. Su pierna herida se extendió, movió la otra hacia él por la espinilla.

Así, esperaron. Juntos.

En la oscuridad.

Pero no tuvieron que esperar mucho tiempo.

Por la puerta de medianoche de arriba descendió un fuego de venganza.

PUM

Como una monstruosa magnificación del leve latir de Luke, Mei tocó tierra, con la espada láser pulsando una onda concéntrica de negación golpeando desde su epicentro.

Obi-Wan hábilmente silenció su respiración, escuchando mientras la mujer merodeaba, crujiendo contra los escombros corrosivos de sus alrededores inmediatos.

Inesperadamente, escuchó la maldición de la Jedi Oscura y un objeto rodó en medio de la basura, como si hubiera tropezado con algo.

Cuando el sonido del vómito súbitamente alcanzó sus oídos… supo que Mei había encontrado la cabeza de Fomadu.

—Cerebro de escoria, Kenobi… —maldijo ella.

Obi-Wan tragó saliva, saboreando la sequedad de su boca… incapaz de mantener a raya el dolor de la chica.

—Lo siento, Mei, —habló hacia la oscuridad—. No me dejó elección.

Las zancadas de la Jedi Oscura abruptamente se volvieron en su dirección.

—¿Es así como justificaste también asesinar a mi padre? —Persistió Mei—. ¿Una disculpa vacía y un rechazo de su consciencia?

Los párpados de Obi-Wan se cerraron.

Recordaba aquel día en Susevfi, luchando contra el padre de Mei… el hombre medio demente y completamente consumido por el lado oscuro.

Como lo había estado Anakin.

Retorcido por el lado oscuro, el joven Skywalker ha sido, —dijo Yoda—. *El chico que entrenaste, ido se ha…*

La mente de Obi-Wan rebobinó hacia el caos en Coruscant, sólo hacía unas horas.

Padmé, Anakin se ha vuelto al lado oscuro, —le dijo Obi-Wan—. Fue engañado por una mentira. Todos *lo fuimos.*

Anakin es el padre, ¿verdad?

Lo siento tanto…

Obi-Wan era un Maestro de las artes Jedi, cierto, pero incluso si su duelo fatal con Anakin no le hubiera llevado a sus límites mentales y físicos, su fallida huida supersónica de los Jedi Oscuros y la herida que había sufrido luchando contra Fomadu había vaciado no sólo su cuerpo sino sus reservas de Fuerza. Incluso Qui-Gon había caído ante un aprendiz de Sith bajo menos durezas.

Mei quizás era ligeramente más joven que Anakin, inexperta. Pero *era* joven. Fresca. *Intacta*. Tenía que tener algún dominio sobre la providencia, también, si ella y Fomadu habían predicho correctamente su ruta de escape a la carrera.

—Te mataré si tengo que hacerlo, Mei, —dijo él.

—Al fin, entonces, el Jedi muestra sus colores.

En su debilidad, ni siquiera Obi-Wan sabía ya si su amenaza era más un farol que realidad. Sólo sabía que la vida de Luke dependía de la respuesta.

De hecho, sólo había una forma de saberlo con seguridad.

Sacando un aliento de las profundidades de su espíritu, Obi-Wan se abandonó a la voluntad de la Fuerza.

En la Fuerza unificadora, Obi-Wan ve a Owen y a Beru Lars… y de nuevo ve su familia de nacimiento. Sus expresiones son vacías. Se ve a sí mismo rodeando la barricada que le separa de Mei. Su túnica cae de sus hombros, exponiendo una capa de

armadura dorada debajo. Los dos guerreros se acechan el uno al otro en un círculo, manteniendo la distancia como en los obsoletos duelos de honor de Ductavis.

Un corte.

Una muerte.

Corrieron el uno hacia el otro… a unas velocidades supersónicas amplificadas por la Fuerza. En el parpadeo de un ojo, se cruzaron, cada sable láser seleccionando una diferente trayectoria de penetración. Obi-Wan, en alto. Mei, en bajo…

Están el uno tras el otro… su maniobra resultó. Obi-Wan había sobrevivido. Una Mei sin cabeza se tambalea antes de caer sobre su pecho. Sin nada más, él, también, colapsa…

Demasiado tarde, Obi-Wan se da cuenta de que él, también, no despejó la zona de muerte. La sangre mana de la herida diagonal que la Jedi Oscura había susurrado en su pecho.

Obi-Wan está muriendo.

Mientras la vida supura de su cuerpo y su visión se emborrona, atisba a los hambrientos vrblthers caminando hacia Luke…

… Y vuelve, de ese posible futuro, al aquí y ahora.

La visión había durado todo un segundo.

—No puedes esconderte de mí, Kenobi, —las palabras de Mei penetraron en él—. Tu desesperación empapa el Sueño-Ur como un hedor séptico.

—Déjalo ir, Mei, —le imploró Obi-Wan—. Esto no acabará bien. Para ninguno de nosotros.

Ella se rió.

—Aún no lo entiendes, —dijo ella—. La venganza es algo que un Jedi sin sentimientos *nunca* podrá entender. Porque significa *amar* a otro.

Lentamente, él se volvió al bebé Luke junto a él.

Aún inconsciente.

Aún inconsciente… por la propia desesperación de Obi-Wan de salvarle.

¡Has permitido que este Lord Oscuro retuerza tu mente! Le dijo a Anakin. *Hasta ahora… te has convertido en la misma cosa que juraste destruir*.

Sí…

Tal era la seducción del lado oscuro de la Fuerza.

Obi-Wan veía, ahora, que no podía haber forma de convencer a Mei. Y había una razón de sobra para ello… ya que Obi-Wan ahora veía que él mismo estaba tambaleándose sobre el precipicio oscuro.

Nada había tentado nunca con éxito a Obi-Wan. Ni el corazón de una mujer, ni la muerte de Qui-Gon, ni la oferta del Conde Dooku de gobernar la galaxia.

Pero ya no ignoraría que al matar a Anakin, al aceptar que su alumno se había convertido en *Darth Vader*, Obi-Wan también había asesinado algo sagrado.

Su fe.

En los otros…

Y, más que nada, en sí mismo.

Desde el momento en que vio a su aprendiz inmolarse en las lavas de Mustafar, desde el instante en que se convenció de su fracaso como amigo, profesor —un *padre*— y se entregó a proteger al hijo de Anakin *sin importar el coste*, el lado oscuro había empezado a brotar como una mala hierba en su corazón moribundo.

Desde entonces, había vivido con miedo. Había llamado al lado oscuro para sacudir la mente de Zegundis, justo como casi se lo había hecho a Vima. Había justificado su matanza de los pensantes, aunque fueran perros-rana rabiosos; *vacilado* al escoger salvar a las gamorreanas que huían, y entonces engañado y decapitado a Fomadu.

Y el miedo. El implacable miedo de que a Luke se lo comiera desde dentro.

Y ahora, estaba preparado para matar a Mei.

Justo como lo había hecho con su padre.

Justo como lo había hecho con el padre de Luke.

¿Podrían él o Leia buscar a Obi-Wan… para vengar su sangre?

Él cogió el chico en sus brazos.

Se había entregado no sólo a proteger al hijo de Anakin a todo coste, sino a amarle.

Y aún fue el *amor* de Anakin lo que había resultado en la muerte de Padmé, la misma persona que él más amaba.

Justo como Obi-Wan había amado a Anakin.

Obi-Wan no había matado a Luke.

Pero aún podría.

Ya que, se daba cuenta ahora —como Darth Vader debía haberlo hecho— *nunca* podría abandonar su amor por esta preciosa alma.

Y aún así… haría lo que debiera.

No sin vacilación, el Maestro Jedi extendió el brazo hacia su túnica. Y, con un primer y último beso, aseguró al chico comatoso en el tablero de cuna, apoyándolo contra la pared. Entonces, alzándose en pie dolorosamente, el sable láser en mano, cojeó fuera de su escondite.

Obi-Wan encendió su arma, escupiendo la vibrante hoja esmeralda de Fomadu.

Mei fijó unos irises caoba en él. Incluso en la escasa luz, Obi-Wan vio sus ojos encogerse sobre su arma robada.

—No podemos escapar de nuestros destinos, —dijo él.

Ella le dio un asentimiento terso.

—La primera cosa honesta que dices.

Tambaleándose ligeramente contra la pared, él dijo:

—Percibo el bien en ti, Mei.

Ella resopló.

—Tú no abandonas, ¿verdad?

Las últimas palabras de Anakin se hacían eco, eternamente, en su memoria.

¡TE ODIO!

—Ojalá eso fuera cierto, —dijo él. Obi-Wan, también, reconoció la hoja esmeralda brillante del bpfasshi en su mano—. Sé que he matado a aquellos que amas. En ese sentido, honro tu derecho a la venganza.

—Qué pomposamente noble de tu parte, —dijo Mei, acercándose.

—Pero, tengo una exigencia, —continuó él—. No importa lo que ocurra aquí, Mei… el chico *debe* verse llegar a su destino final.

Las palabras la detuvieron en su paso, la sonrisa depredadora en la cara de la joven retorciéndose en confusión.

Entonces ella se mofó.

—Debes estar puesto de especia o haber perdido la cabeza.

—Insensato, quizás, —le concedió él—. Tu compañero dijo que adoctrinaríais al chico en vuestra «verdad»…

Mei ya estaba sacudiendo la cabeza, su mirada mortal pétrea sin vacilar ni una vez.

—… Te estoy pidiendo que le dejes escoger su *propio* destino, —terminó él.

Su cara era taciturna. Ilegible.

Ella se aventuró cortésmente:

—¿Has llamado a un chico Neema?

Obi-Wan puso una mueca. Decidiéndose.

—Luke, —respondió—. Se llama Luke.

La joven aún estaba sacudiendo la cabeza, incluso mientras su sable láser caía imperceptiblemente.

—¿Tú lo hiciste?

Obi-Wan no respondió.

Mei sostuvo el silencio sepulcral. Instante a instante.

Latido a latido.

Entonces, finalmente:

—Dame el maldito destino, entonces.

—Si me derrotas, —juró Obi-Wan—, encontrarás las coordenadas.

—Te *derrotaré*.

—Entonces acepta.

En el último momento, la mirada como un láser de Mei flaqueó… moviéndose hacia el cuerpo decapitado, descartado de Fomadu.

—Acepto, —dijo ella.

Entonces, sacudiéndose la túnica, expuso una capa de panoplia intricada dorada interior. Protegiendo casi todo su cuerpo, la armadura Sith acolchada bajaba hasta sus rodillas, con un collar alto, protector, con un trío de púas ascendentes sobresaliendo horizontalmente a cada lado de su cuello.

Justo como en la visión.

Nada salvo el golpe más localizado penetraría la armadura.

Así que había llegado a esto.

Obi-Wan se empujó en la pared y se irguió.

Entonces, moviendo el sable láser a su mano sana, se entregó a su destino.

Los labios de Mei se separaron infinitesimalmente mientras la espada láser volaba de su palma.

Ella rastreó el arco de la empuñadura, y el *clinc* metálico que se elevó mientras el cilindro descartado llegaba a descansar parecía hacer eco en eternidades.

La Jedi Oscura miró al arma desactivada, momentáneamente abatida.

Cuando volvió a encontrar la voz, ella murmuró una única orden.

—Recógelo.

—No es mío.

La respuesta de Obi-Wan pareció afectarla físicamente, como si provocara que cada músculo suyo se contrajera.

—He *dicho*… —repitió ella—, *que lo recojas*.

—No, joven. He escogido mi destino, —dijo él—. Ahora, escoge el tuyo. Demuestra cómo la venganza es el orgulloso instrumento de tu llamado amor.

—MALDITO SEAS, JEDI. ¡RECOJE ESE SABLE LÁSER Y *LUCHA CONMIGO*!

—No, Mei. Vas a tener que matarme… y mantener tu promesa.

La incredulidad se gravó en los rasgos juveniles de Mei. Entonces, desde las profundidades de la Jedi Oscura, un gruñido de ira inhumana empezó a crecer… ardiendo en una ferocidad en exceso, profana, mientras cargaba contra Obi-Wan a una velocidad supersónica, con el sable láser desenfundado.

Obi-Wan nunca apartó la mirada.

Pero desafortunadamente para él, Mei lo hizo.

En el último momento, la joven se catapultó hacia Obi-Wan y sobre el muro derruido… hasta el otro lado.

—¡*NO*!

Demasiado tarde, Obi-Wan se arrastró alrededor de la obstrucción.

Demasiado tarde.

Mei ya estaba aferrando el tablero de cuna contra su pecho, sosteniendo el borde de su espada brillante sobre la pequeña garganta del inconsciente Luke.

—¡*AL CHICO NO*! —graznó Obi-Wan.

—¡Eres un *mentiroso*, Kenobi! —Dijo Mei, las lágrimas surcando su cara—. No hay bondad en *ninguno* de nosotros. ¡El *bien* es la ilusión! ¡El cuento de hadas que contamos a los jóvenes en esta farsa de existencia! *Todos* somos unos hipócritas.

—¡DÁMELO! —gritó Obi-Wan.

—¡LUCHA CONMIGO! MENTIROSO…

Luke… abrió los ojos.

Un fulgor azul brillante explotó desde detrás del tablero de cuna, lanzándose directamente hacia arriba más allá de su longitud… corneando el punto justo tras la barbilla de Mei y saliendo desde el ápice de su cráneo.

Los ojos de Obi-Wan se abrieron como platos.

Y tan rápidamente como se había materializado, el bastón de luz retrocedió.

Mei caminó a trompicones, recuperándose.

—Incluso… el destino miente, —gorgoteó ella.

La Jedi Oscura se inclinó hacia delante, y Obi-Wan se lanzó hacia Luke.

Atrapando el tablero de cuna en un agarre mortal, el Maestro Jedi abrazó a Luke hacia sí mismo, que estaba pataleando, llorando. *Muy* cuidadosamente… él cogió el objeto que había fijado en su parte posterior con fibrocuerda.

El sable láser de Anakin.

El último recurso a prueba de fallos de Obi-Wan.

Excepto que, él no había sido el que disparara el gatillo telekinético.

Él miró a los ojos azules perforantes de Luke.

Pero… ¿era posible? ¿Tal poder… en un bebé?

—¿Cómo…?

—Vima te lo *dijo*, joven Maestro, —llegó una voz ronca—, la Fuerza es *poderosa* en este.

Obi-Wan se volvió… para ver la forma familiar de la mendiga agachada en su túnica comida por las polillas, abriéndose paso hacia él arrastrando los pies.

—¡Señora Vima! ¿Qué está…?

—La subciudad es el *hogar* de Vima, —le confesó la anciana—. Lejos de los ojos fisgones.

Recuperándose de su shock, Obi-Wan miró de la centenaria demacrada a Luke.

—Vima, —dijo él—. El chico. *Debo* saberlo. ¿Usted…?

La arpía venerable alzó una mano artrítica, silenciándole… entonces extendió la otra en ese gesto pordiosero practicado.

Sólo que en lugar de pedir caridad, esta vez ella la estaba dando.

En su palma estaba el sable láser de Obi-Wan.

—El joven Maestro debería aceptar la segunda ofrenda de Vima, —dijo ella.

A regañadientes, Obi-Wan sonrió débilmente… cogiendo su arma Jedi.

—Este instrumento es la vida de un Jedi, —dijo ella.

—Sí, Señora. Gracias.

—Shh, —dijo ella, acariciando el pelo de la cabeza de Luke. Mientras sus sollozos mermaban, suavemente, la venerable Jedi se inclinó hacia delante, tocando sus antiguos labios con la frente de Luke. Él no protestó.

Las heridas de Obi-Wan, visibles y no visibles, no se escaparon tampoco de su atención.

—Vima fue una sanadora una vez, —dijo ella—. Permíteme que te enmiende.

Él sacudió la cabeza.

—Me honra. Pero me temo que tendrá que bastar con el bacta, —dijo él—. Nos están dando caza. Nuestro transporte se marcha en breve.

Vima asintió. A la altura del pecho de Obi-Wan, sus pupilas congeladas por la edad cayeron sobre Luke de nuevo, así como la artesanía de su tablero de cuna.

Obi-Wan estaba a punto de preguntarle si deseaba que se la devolviera cuando vio tristeza reuniéndose en sus ojos, y ella apartó la mirada.

—Neema, —escuchó que susurraba. Aunque si lo hizo mientras leía el nombre del tablero de cuna… o mirando abajo al cuerpo inmóvil de Mei, no podía saberlo.

—Ahora vete, —dijo Vima—. Llévate lejos al chico, lejos de este malvado mundo.

***

Mientras el StarSpeeder 1000 hacia la Estación Espacial Kwenn despegaba, el Maestro Jedi miró fuera por la ventana salpicada por la lluvia una última vez a Nar Shaddaa, preguntándose por los destinos de Tholme y T'ra Saa.

¿Habían dado con ellos Mei y Fomadu? ¿Había más bpfasshi o jensaarai esperando para emboscar a Yoda en Dagobah? Los Jedi Oscuros habían hablado de su maestro.

Obi-Wan sacudió los pensamientos. No había forma de saberlo.

Se consoló sabiendo que al menos la Vieja Vima había prometido hacerle una visita a esa desgraciada de Shnozitski.

Lo que les esperaba a Luke y Obi-Wan era igualmente desconocido. Incluso la idea de los corsarios de Hondo Ohnaka atacando a su crucero estelar rumbo a Tatooine le sacó una media sonrisa por su predictibilidad.

Mientras Obi-Wan apretaba una hemosponja esterilizada, alimentando al chico con su leche krayt, Luke apretó en respuesta un dedo de la mano vendada del Jedi, alzando la mirada con una mirada serena y de confianza. Obi-Wan se la devolvió. Se encontraba esperando realmente que los tíos del chico se negaran a acogerle.

Pero Obi-Wan no lo creyó ni por un segundo.

A salvo almacenado en el sable láser de Anakin —*de Luke*— estaba el cristal Kyber de memoria que el astrodroide de Padmé, Erredós-Dedós, le había dado, almacenado con las coordenadas específicas de la finca desierta de los Lars.

Quizás Owen y Beru le dejarían entrenar a Luke. Quizás no.

Pero… *Tío* Ben.

Le gustaba como sonaba eso.

Mientras maestro y aprendiz se alejaban disparados desde Nar Shaddaa, una cosa era segura. Obi-Wan se alegraría de no volver a ver nunca tal desgraciada colmena de escoria y villanía…



Sobre el autor

Abel G. Peña es el autor y co-autor de numerosos trabajos de ficción y no ficción de *Star Wars*, incluyendo *El mal nunca muere: Las dinastías Sith, La historia del General Grievous* y *Vader: la guía definitiva*. También es conocido por prestar su aspecto al personaje Jedi Halagad Ventor para representaciones oficiales. Escribe el blog VIP de StarWars.com *¡Sólo los Sith tratan con absolutos!* y hace un buen show en www.abelgpena.com